



el frío del miedo

KEITH LUGER



—Quiero darte una gran noticia, Laurie —dijo Tony Keenan—. He decidido casarme contigo.

Laurie Wilson no pareció muy impresionada por las palabras que acababa de pronunciar el hombre que estaba sentado al otro lado de la mesa.

A decir verdad, el propio Tony Keenan no estaba muy seguro de que ella las hubiese escuchado, al observar que los ojos de la joven miraban hacia el lugar donde se encontraba la orquesta.

Tony volvió la cabeza y comprendió a qué se debía la distracción de Laurie. El tipo que tocaba la batería sonreía a Laurie mientras movía los maxilares, probablemente mascando goma.

También publicado por Editorial Bruguera en la colección Punto Rojo con el número 81, en el año 1963.



Keith Luger

El frío del miedo

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1276

ePub r1.0

Lds 26.06.18

Título original: *El frío del miedo*

Keith Luger, 1963

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

—Quiero darte una gran noticia, Laurie —dijo Tony Keenan—. He decidido casarme contigo.

Laurie Wilson no pareció muy impresionada por las palabras que acababa de pronunciar el hombre que estaba sentado al otro lado de la mesa.

A decir verdad, el propio Tony Keenan no estaba muy seguro de que ella las hubiese escuchado, al observar que los ojos de la joven miraban hacia el lugar donde se encontraba la orquesta.

Tony volvió la cabeza y comprendió a qué se debía la distracción de Laurie. El tipo que tocaba la batería sonreía a Laurie mientras movía los maxilares, probablemente mascando goma.

—Laurie... —dijo Tony levantando la barbilla—. Te está hablando el decimoctavo duque de Comemberg.

—Oh, perdona, Tony —repuso Laurie.

—¿Sabes el tema que elegí para nuestra conversación?

—Oh, sí, tus cuadros —repuso Laurie porque, Tony, en las tres noches que habían salido juntos durante aquel mes, casi todo el rato le había estado hablando de sus pinturas.

Tony forzó una sonrisa.

—Sé cuánto aprecias mi arte, querida, pero esta vez no hablaba de mis cuadros.

—¿No, Tony?

—No. Hablaba de ti y de mí.

—Oh, sí, te refieres a la invitación de los Crawford... Lo siento, Tony, pero no puedo ir contigo a esa cacería. La editorial me ha mandado otras dos obras francesas que he de traducir.

Tony tomó una mano de ella entre las suyas e hizo lo posible por continuar sonriendo.

—Querida Laurie... Me harás el hombre más feliz de la tierra si consientes en ser la decimoctava duquesa de Comemberg.

—Oh, ¿cómo es posible que tu padre se haya atrevido a utilizarte como eso?

—¿Eh?

—Ahora ya puedo decírtelo. No he ido por tu casa porque... Bueno, son cosas un poco delicadas pero el día que me sorprendió en la biblioteca mientras tú estabas viendo los campos, se mostró demasiado impetuoso para sus sesenta años.

Tony se puso una mano sobre la nariz. Un espectador imparcial hubiese observado un momentáneo brillo asesino en sus ojos, pero se rehízo enseguida.

—Laurie, no tienes nada que contarme de mi padre... Siempre ha sido así, ya sabes, un poco casquivano.

—Además, sería desagradabilísimo que fuese tu madrastra, Tony, ¿o quizá sería divertido...?

Laurie se quedó mirando el mantel como si estudiase el pro y el contra de ser la madrastra de Tony Keenan.

—Laurie, por favor, ¿quieres escucharme atentamente?

—Claro que sí, Tony.

—Sin interrupciones.

—De acuerdo.

—Si fueses, la esposa de mi padre serías la decimoséptima duquesa de Comemberg, y he dicho decimoctava.

Laurie se quedó con la boca abierta.

—Pero Tony..., ¿qué estás diciendo...? ¿Tú?

Tony miró a sus espaldas.

—Estoy solo aquí, no hay nadie más y soy un hombre de carne y hueso. Cumplí ya los veintiocho años. ¡Qué maravillosa es la ciencia, Laurie! Según los sabios, ya puedo ser padre.

Laurie dio un suspiro.

—Tony, eso no puede ser.

—Laurie, estoy dispuesto a demostrártelo en cualquier momento, pero mi sangre aristocrática, mi título de graduado en Oxford y de otras menudencias, exigen que ocurra, después que hayamos sido declarados legalmente marido y mujer.

—Tony, no me interpretes mal. Lo que querría decirte es que yo no te quiero...

Sencillamente, no estoy enamorada de ti.

—¿Es ése el único motivo?

—Claro, no hay otro.

—Me has dado un gran susto. No te preocupes por eso. Me querrás más adelante, cuando te des cuenta de que eres la mujer con más suerte del mundo al haber encontrado a un hombre como yo.

Ahora fue Laurie quien puso su mano sobre la de Tony.

—Tony, eres bueno, correcto, ingenioso y con un gran corazón. Pero no te quiero.

—Laurie, ¿dónde vas a encontrar a un tipo que, además de poseer las virtudes que acabas de citar, tiene las otras...? A los cuatro años fui elegido el niño más guapo de la estación veraniega de Folkestone, y mi abuela asegura que no he cambiado mucho desde entonces.

—Pero, Tony, yo no soy una mujer de tu clase...

—Hoy día eso no es ningún obstáculo.

—No quiero vivir en ese caserón tuyo con dieciséis habitaciones.

—Apruebo tu buen gusto. Le pediré a mi padre un apartamento de los que construye una de las seis inmobiliarias cuyo consejo de administración preside.

Ella fue a replicar, pero él la interrumpió.

—Querida, deja que sea yo quien lo decida por nuestros hijos. Nos casaremos dentro de dos meses. Yo me ocuparé de todo, salvo, naturalmente, de tu traje de novia.

—Tony eres muy amable, pero no te daré mi respuesta definitiva esta noche.

—¿Por qué no?

—Me marcho mañana a Francia.

—¿A Francia...? No me habías hablado de ello.

—Estoy traduciendo una novela de tipo histórico y me he sentido fascinada por los lugares en donde ocurrieron los hechos. Quiero visitarlos y, por otra parte, podré realizar en mejores condiciones mi trabajo.

—Muy bien, yo te acompañaré.

—No, Tony. Quiero ir sola.

—Está bien, Laurie, irás sola, pero ¿cuántos días durará tu ausencia?

—Una semana, o quizá dos.

Tony entornó los ojos.

—¿Algún hombre?

Ella rió.

—No Tony. No tienes por qué sentirte celoso. Allí sólo me encontraré con una mujer.

—¿Quién es ella?

—Una muchacha con quien sostengo correspondencia, no la conozco. Bueno, quiero decir que nunca nos vimos personalmente. Tengo su fotografía... Ella también es traductora. Leyó un trabajo mío en una revista especializada y lo encontró interesante. Tenemos muchos puntos de vista comunes. Entre las dos ha nacido una corriente de simpatía: Le escribí a principios de semana anunciándole mi viaje y me respondió que me esperaría en París cuando bajase del tren. Me ofreció su casa pero rechacé la idea y ya tengo reservada la habitación en un hotel.

—¿Cuál?

—Oh, no, Tony, no te lo diré.

—¿Por qué?

—Ya te he dicho que quiero ir sola.

—Yo permaneceré en las islas, Laurie, pero te llamaré todas las noches.

—Tampoco quiero eso, Tony. De verdad, déjame decidirlo sola... Cuando vuelva, te daré mi respuesta.

—Eh, Laurie, ¿sabes que voy a tener la impresión de que soy un hombre cuyo juicio se está celebrando sin su presencia y que, en el momento más inesperado, le comunicarán la sentencia...?

—Serías un tonto, si perdieses tu tiempo preocupándote por ese problema... Procura divertirme.

—Sólo falta que me des la dirección de una de tus amigas.

—Puedo ofrecerte el número de teléfono de un par de ellas que no te dirán que no.

—Laurie, no seas corrosiva.

—Oh, perdona, Tony, no recordaba que estaba hablando con un decimoctavo duque... Tony le sonrió.

—Es por lo que me gustas. Por tu sentido del humor. No pareces inglesa.

—Sólo lo soy por parte de madre. Ella se fugó con un actor

francés el día antes de casarse con un fabricante de tejidos. Nunca te lo quise decir.

Tony Keenan abrió unos ojos como platos.

—Laurie...

—Perdona que no te lo haya dicho antes. Sé que es una noticia terrible para ti.

—¡Pero si es maravilloso, Laurie...! Nunca pensé que tendría tanta suerte... Casarme con una mujer con un pasado tan fascinador.

—Pero, si nos casamos, todo Londres hablará de nosotros...

—Por fin se ocuparán de mí las revistas escandalosas.

—Eres incorregible, Tony. ¿Por qué has de ser siempre irónico...?

—Se supone que un noble inglés ha de ser la quinta esencia de la ironía y del sarcasmo. Es la idea que el mundo tiene de nosotros y constituiría un acto de mala educación decepcionarlo.

Tony se dio cuenta de que Laurie estaba mirando otra vez hacia la orquesta.

—Laurie —dijo haciendo una triste mueca—. Espero que la víspera de nuestra boda no se te ocurra largarte con el tipo de la batería.

Ella sonrió.

—Anda, Tony, ¿quieres sacarme a bailar? Y para tu tranquilidad, ese músico no me gusta, quiero decir como hombre, sino sólo su forma de interpretar. Lo hace maravillosamente.

Se pusieron a bailar y él apoyó su cara en la de ella.

—Laurie, ¿por qué no me adelantas la respuesta?

—No, querido, mantengo mi palabra... Sólo la sabrás en cuando haya regresado de Francia. Necesito esos días para reflexionar.

CAPÍTULO II

El tren se estaba acercando a París.

Laurie Wilson sacó del bolso la fotografía de Orange Périer, su amiga.

Orange debía estar por los veinticuatro o veinticinco años de edad. En la fotografía aparecía con *shorts* y con un jersey blanco. Era de talla mediana, pero su cuerpo estaba bien proporcionado. Morena, cara redonda, facciones simpáticas. Estaba segura de que se llevarían bien.

Minutos más tarde, el tren llegaba a su destino. La máquina y los vagones se detuvieron sobre los raíles.

Laurie alcanzó su bolso y la pequeña valija de mano. El resto del equipaje lo había facturado.

En el andén, se producían las escenas acostumbradas. Los franceses eran muy emotivos para exteriorizar su supuesta alegría.

Laurie desparramó la mirada a derecha e izquierda desde la plataforma del vagón.

Vio algunas jóvenes, pero ninguna de ellas era Orange Périer.

Descendió del vagón pensando en que Orange se habría demorado.

Sacó un cigarrillo del bolso y lo encendió con su encendedor de plata, regalo de Tony por su último cumpleaños. Y eso le hizo recordar la declaración amorosa. Sonrió. Quizá podría ser feliz con él. Después de todo, hasta ahora no había encontrado otro hombre mejor.

—¿Señorita Wilson? —dijo una voz a su derecha.

No, no era Orange, sino una joven de cabello rubio de unos veinticinco años de edad, esbelta, mejilla ligeramente hundidas y ojos claros.

—¿Sí?

—Soy la hermana de Orange, Beatrice.

—Encantada de conocerla, Beatrice.

—Es usted tal como aparece en la foto que envió a Orange.

—He cambiado muy poco, aunque la verdad es que la fotografía que envié a Orange me la hice hace sólo ocho meses.

—Y creo que es tan simpática como Orange presumía.

—Gracias, Beatrice. Es usted muy amable. ¿Y Orange?

—No vendrá. Ella lo siente mucho...

—¿Acaso está enferma?

—No, ella no es la enferma. Verá lo que ha ocurrido. Recibimos un telegrama de nuestra tía Juliette. Vive en Marsella sola. Orange es su ojo derecho. Nuestra tía no se encuentra muy bien desde hace un par de años... En fin, Orange tuvo que salir ayer precipitadamente para Marsella... No sabe cuánto sintió ella no estar aquí para recibirla...

—Yo también lo siento. Quería conocer personalmente a Orange y cambiar impresiones con ella sobre nuestra profesión. ¿No sabe cuándo regresará de Marsella?

—Quizá esté allí un mes... Lo ignoro. Dependerá del estado de tía Juliette.

—Lo comprendo.

—Me gustaría acompañarla por París.

—No se preocupe, Beatrice, estaré muy poco tiempo aquí. A decir verdad, sólo pensaba quedarme unos días por Orange. Pero, ya que ella se ha marchado, no alargaré mucho mi estancia aquí. Quizá mañana mismo reemprenda viaje al Noroeste. Estoy encantada de haberla conocido, Beatrice.

—Le deseo una feliz estancia en nuestro país.

Beatrice alargó la mano y Laurie se la estrechó.

Inmediatamente Beatrice se alejó. Laurie quedó quieta en el andén, observando a Beatrice.

Dio un suspiro. Bueno, las cosas nunca salían tal como una las planeaba. Tenía experiencia con respecto a eso.

* * *

Había caído la noche sobre París.

Laurie se encontraba en su habitación del hotel, arreglándose. Había decidido salir a cenar sola. Apenas llegó al hotel, y después de bañarse, reservó un billete en el tren que partía hacia el Noroeste a las nueve de la mañana.

Siempre le había gustado París, pero, en las presentes circunstancias, prefería adelantar su trabajo, motivo principal de aquel viaje.

La campanilla del teléfono se puso a sonar.

—¿Sí? —dijo cuándo atrapó el auricular.

—¿Señorita Wilson...? La llamo para ponerme a sus órdenes.

—¿Quién es usted?

—René Duval.

—Disculpe, señor Duval, pero me temo que no lo conozco.

—Desde luego, usted no me conoce...

—Entonces no comprendo.

—La vi entrar en el hotel. Yo estaba en el vestíbulo, sentado en un sillón... Es usted muy bonita, señorita Wilson.

—Muchas gracias, señor Duval.

—Y una joven como usted no debe ir sola por París.

—¿No? ¿Por qué?

—¿Cómo que por qué...? Podría ocurrirle algo desagradable. Pero aquí me tiene a mí para sacarle de cualquier apuro... Además, soy un guía formidable. Podemos ir al Folies, a Pigalle...

—Agradezco mucho su invitación, señor Duval, pero sé arreglármelas sola.

Tras decir esto, Laurie colgó.

No le gustaba que la tomasen por una solterona deseosa de compañía varonil. Se miró en el espejo. Hacía tan sólo tres semanas que había cumplido los veinticinco años y Tony le había dicho que era una muchacha demasiado hermosa para ser inglesa... Iba muy bien al color verde de sus ojos el de su cabello, como el cobre. Y el vestido de noche que había adquirido en Londres, en los saldos de unos almacenes podía pasar perfectamente por genuinamente parisiense.

Al cruzar el vestíbulo del hotel, camino de la calle, esperó que aquel René Duval saliese a su encuentro. Los franceses, como buenos latinos, no se daban por vencidos tan fácilmente.

Pero no le interrumpió el camino ningún hombre.

Había pedido un taxi y, cuando se encontró dentro de él, dio al conductor la dirección del restaurante Les Abismes. Había estado allí varias veces. El encargado del comedor era un hombre muy simpático, Maurice. Tenía siete hijos y un número fabuloso de hermanos, tíos y primos.

Cuando entró en Les Abismes, el propio Maurice salió a su encuentro.

—Señorita Wilson, qué sorpresa...

—¿Cómo estás, Maurice?

—Usted está maravillosa, pero yo tengo un hijo menos y dos primos más.

—¿Muerto?

—Oh, no, señorita... Se fue a hacer el servicio militar, el mayor... Y llegaron dos primos para que les encuentre trabajo... Todos decían que Maurice era el más tonto de la familia.

Y ya lo ve, ahora Maurice es el paño de lágrimas de todos los Renaud. La joven rió.

—Pero a ti te gusta eso. Maurice, desearía pasar la velada a solas...

—Oh, tengo una mesa que será magnífica para usted.

La mesa estaba en el fondo de la sala, lejos de la orquesta y la pista de baile.

—Deje que sea yo quien elija su menú esta noche, señorita Wilson.

—Cuentas con toda mi confianza, Maurice.

Cuando Maurice se alejó de la mesa, Laurie encendió un cigarrillo.

—Buenas noches, señorita Wilson.

Laurie alzó los ojos y vio ante la mesa un hombre que le sonreía. Podía estar por los treinta años y era muy guapo, de bigote recortado, ojos azules, brillantes. Se cubría con un *smoking* impecable.

—Permítame que me presente. Soy René Duval, ingeniero de ferrocarriles.

—Al parecer, no se conformó con la respuesta que le di, señor Duval.

—Pensé que usted se negaba a admitir mi compañía porque no me conocía, pero, ahora, que hemos sido presentados, quizá cambie

de opinión.

—¿Hemos sido presentados...?

—Espero que no sea usted una de esas inglesas que, para vivir, necesitan constantemente del protocolo. Con su permiso. —René tomó el respaldo de una silla sin dejar de sonreír.

A Laurie no le sorprendió la audacia de aquel hombre. No era nada insólito en el continente, pero resultaba simpático y agradable y poseía unos dientes blancos, parejos. Lo comprobó mentalmente con Tony y se dijo que René Duval aventajaba al futuro decimoctavo duque de Comemberg.

—Puede sentarse, señor Duval.

—Por favor, para usted quiero ser René... A cambio, permítame que la llame Laurie.

—¿Ya lo sabe todo de mí, René? —preguntó ella cuando René hubo ocupado la silla de al lado.

—Sólo conozco su nombre y que es inglesa. El empleado del registro en el hotel no pudo o no quiso agregar más.

—¿Por qué me siguió, René?

—Pensé que quizá usted se encontraría sola al cabo de algún tiempo, y usted no merece estar sola... O quizá la respuesta sea otra.

—¿Qué otra respuesta hay?

—Usted se parece mucho a ella...

—¿Ella?

—La joven con la que me iba a casar... Murió... Fue un golpe terrible...

—Cuánto lo siento...

René sonrió con amargura.

—Eso ya no importa. Durante tres años he vivido en el mayor aislamiento. Sólo hace un mes me decidí a salir de mi concha... Mi madre insistía mucho... «Diviértete, hijo... Existen muchas mujeres en el mundo...». Yo le decía que no podía haber ninguna mujer para mí después de Brigitte. Fui a Suiza y me aburrí mortalmente. Mamá me decía: «Ve a París». Pero yo no quería... Usted me comprende... Brigitte y yo estuvimos en París —hizo una pausa—. Fueron unos maravillosos días los que pasamos ella y yo... Por eso ahora tenía miedo a salir del hotel y, de pronto, cuando la vi a usted entrar, tuve la impresión de que era Brigitte, de que ella no había muerto.

—¿Tanto es nuestro parecido?

—No se trata del físico... Es algo mucho más fuerte. Espiritual.

Alguien carraspeó al lado de René. Era el camarero que traía el servicio.

Pero Laurie no le prestó atención porque estaba embelesada con la historia que le había contado René.

—¿Cuándo ocurrió eso, señor Duval?

—Hace cuatro años.

—Hábleme de Brigitte...

El camarero intervino.

—Disculpe, señorita, ¿quiere vinagreta con la langosta?

—Sí, ponga vinagreta.

—Le advierto que quizá el pescado no le resista...

Laurie alzó los ojos y vio la cara del camarero. Era un hombre de cabello rubio, rostro de facciones que parecían talladas en piedra, ojos negros y brillantes. Debía medir uno ochenta y cinco, o quizá fuese uno noventa.

—¿Me va a decir que la langosta está pasada...? —dijo ella.

—No, al contrario, señorita, puedo asegurárselo. Cuando la iban a meter en el horno vi cómo atrapaba con las pinzas la mano del cocinero.

—Entonces, no lo comprendo...

—Es una langosta pardusca con puntos azulados. No le va bien la vinagreta.

—Muy bien, sívala sin vinagreta.

—Sí, señorita.

Laurie miró otra vez a René mientras el camarero servía la langosta.

—¿Qué me decía de Brigitte?

—Era una maravillosa mujer... ¿Qué digo mujer...? Era un ángel...

—A propósito de ángel, señorita —habló otra vez el camarero.

Laurie levantó la vista, ya un poco fastidiada.

—¿Qué ocurre ahora?

—El *maitre* eligió para la langosta un vino espumoso, cosecha Carpentiere 1927, pero si usted no toma la langosta con vinagreta, me permito aconsejarle un vino Estrellado cosecha 1944.

—Tomaré el espumoso, cosecha Carpentiere 1927.

—La señorita es muy dueña de beber lo que le plazca...

—¿Ya terminó de servir la langosta?

—Sí, señorita —el mozo miró a René—. ¿El señor va a comer?

—Esto es un restaurante y se supone que, si estoy aquí sentado, es para comer...

—Le he oído contar esa historia tan triste y pensé que había perdido el apetito...

—¿Cómo se atreve...?

—Disculpe el señor. Sólo velaba por su estómago.

—Deje que sea yo quien vele por él y tráigame el mismo servicio que a la señorita.

El camarero hizo una reverencia y se alejó de la mesa.

René Duval dio un bufido.

—Cada vez el servicio está peor... ¿Adónde iremos a parar? Cualquier día los camareros querrán sentarse en la mesa y seremos los clientes quienes los sirvamos... ¿De qué le estaba hablando?

—De Brigitte.

—Oh, sí, menos mal que ya se marchó ese estúpido.

—Pero ya estoy aquí otra vez —dijo la voz del camarero por detrás de la silla—. El señor no me dijo si quería o no vinagreta.

René hizo rechinar los dientes.

—Aunque sólo sea por llevarle la contraria, tomaré vinagreta.

—¿Sola o con langosta?

El guapo René se puso ahora muy feo al desfigurar la boca con una mueca.

—Camarero. ¿Es el primer día que está en la profesión?

—En absoluto, señor.

—Pues lo parece, por la forma en que trata a los clientes. Ya le dije antes que quiero lo mismo que ha pedido la señorita.

—Sí, señor, pero ella va a tomar la langosta sin vinagreta y usted ha dicho...

—¡No importa lo que haya dicho! ¡Traiga exactamente lo mismo!

—Sí, señor.

El mozo hizo una inclinación y se marchó.

René sacó un pañuelo con el que se enjugó el sudor de la frente.

—Continúe, como si no hubiese habido ninguna interrupción —dijo Laurie.

—Oh, sí... Yo estaba muy enamorado de la vinagreta..., ¡quiero decir de Brigitte...!

¡Maldita sea, ese tipo me ha puesto nervioso!

—Cálmese, René.

El forzó una sonrisa.

—Le prometo que haré todo lo posible...

Pero Duval abrió los ojos aterrorizado al ver que el camarero venía a paso de carga sobre ellos.

—¿Qué pasa ahora, mozo?

—Se acabó la langosta, pero no debe preocuparse el señor... Tenemos un buen surtido de pescado. Salmón, trucha, lubina...

—Salmón.

—No se lo aconsejo.

—¿Por qué no?

—No se lo puedo decir. Me despedirían.

René tragó saliva.

—¿Quizá la lubina...?

El camarero quedóse pensativo, con el ceño fruncido. Finalmente, chascó la lengua negando con la cabeza.

—¿Qué diablos quiere que coma, mozo?

—Papilla.

—¿Cómo?

—Pero sería mejor que la comiese en su casa... Sospecho que la que tenemos aquí está un poco apolillada. René se levantó de un salto.

—Laurie, esta atmósfera me resulta agobiante, me ahoga... ¡No tengo más remedio que marcharme...! La veré a usted en el hotel...

Antes de que la joven dijese nada, René se alejó, no sin antes fulminar con los ojos al camarero.

—Bueno —dijo Paul—. Al fin se fue.

Laurie hacía rato que estaba asombrada.

—¿Qué es lo que dice?

—Que al fin se pudo librar de él.

—¿Quiere decir que ha dicho todo eso para conseguir que él se fuese?

—Sí, señorita.

La estupefacción de Laurie llegó al máximo.

—Oiga, sólo se me ocurre pensar una cosa.

—¿Sí?

—Que está usted loco.

—No, no lo estoy —le sonrió él.

—Entonces, ¿cómo se ha atrevido a tratar así a un cliente? ¿Se da cuenta de que bastará con que se lo diga al señor Renaud para que lo despidan inmediatamente?

—Señorita, no me gustó ese tipo.

—Es lo más asombroso que he oído en mi vida... ¿Cómo tiene la osadía de decir eso?

¿Acaso elige la pareja de las mujeres que se llegan a comer a este restaurante?

—No, señorita, todas no, pero me disgustan los conquistadores profesionales.

—¿Conquistadores profesionales?

—El señor que la acompañaba es uno de ellos.

—Oh, no.

—Su nombre es René Duval y se hace pasar por ingeniero de ferrocarriles. El no se acuerda de mí, pero ya le serví en otros restaurantes donde estaba empleado, el Capuchine. Estaba prometido a una joven llamada Brigitte. Ella murió. El se encerró en su casa porque quería olvidarse del mundo, pero su mamá ha luchado mucho con él para persuadirle de que existían más mujeres en el mundo. Entonces él viajó a Suiza, pero siguió aburriéndose mortalmente. Hasta que hoy la vio entrar a usted en el hotel y el corazón le dio un vuelco porque creyó ver a su Brigitte.

Laurie había escuchado al mozo con los ojos agrandados, la boca abierta.

El mozo le sonrió inclinándose sobre ella.

—¿Fallé en algo?

Laurie se sintió irritada contra aquel hombre. Estaba demasiado seguro de sí mismo.

—¿Quién le ha dicho que, a pesar de todo, no me gustaba la compañía del señor Duval?

—Bueno, no me pareció usted una de esas mujeres.

—¿A qué mujeres se refiere?

—A las que les gusta llevar un hombre guapo al lado, aunque sepan que es un sinvergüenza.

—Es usted el camarero más atrevido que encontré en mi vida...

Un mozo de restaurante y atreverse a decir esas cosas de un cliente... Ahora comprendo por qué está aquí después de haber estado empleado en el Capucine... Seguro que no hacía más que molestar a los clientes, como lo está haciendo ahora.

—Allí salvé a una tonta de sesenta años de caer en manos de un peligroso apache.

—¿Me está llamando tonta de veinticinco años?

—Disculpe, señorita, pero no conozco su edad.

—Es usted un hombre presuntuoso, fanfarrón y..., ¡entrometido!

—Estoy acostumbrado.

—¿A oír insultos, no? ¡Es lo que merece!

—A que la gente sea desagradecida conmigo... Está bien, me marcharé de aquí.

—¿Por qué se va a marchar?

—Usted va a protestar ante Maurice.

La joven se interrumpió unos instantes mirándolo a la cara.

—Lo haría muy gustosa, pero pienso en sus hijos.

—No hay hijos.

—En su mujer.

—No soy casado.

—Muy bien, pero tendrá alguien en casa a quien alimentar, una hermana de su padre, un primo de su madre...

—No tengo a nadie en Francia. Estoy solo. Si protesta ante el señor Renaud, puede estar tranquila, no hará daño a ninguna persona que dependa de mí.

—Es usted insoportable. Debió decir que tenía hijos, cuatro o cinco, para evitar que yo protestase.

—Me gusta decir la verdad.

—Usted sabe que la verdad a veces hace daño.

—Quizá, pero siempre es preferible a la mentira... Disculpe, señorita, pero si no va a protestar, he de continuar sirviendo las mesas. Algunos clientes están ya impacientes.

Cuando se encontró a solas, Laurie se asombró al darse cuenta de que hacía mucho tiempo que no se había sentido tan nerviosa como ante aquel hombre. Pero se dijo que, realmente, hasta entonces, nunca había encontrado un ejemplar tan extraño de la especie.

Al cabo de unos quince minutos, un camarero que no era el

rubio le trajo el segundo plato.

Laurie lo miró perpleja.

—¿Y su compañero, el que me sirvió la langosta?

—Tuvo que marcharse.

Se mordió el labio inferior. Suponía lo que había ocurrido. Maurice se habría dado cuenta de la discusión entablada entre ella y el rubio y habría decidido despedir a éste.

Apenas probó bocado. Cuando terminó la cena se levantó, y acercóse a Maurice, que estaba junto a la caja.

—¿Cenó bien, señorita Wilson?

—Magníficamente, como siempre.

—Cuánto lo celebro... Ya sabe que estoy a su disposición.

—Quiero pedirte un favor, Maurice.

—Oh, sí, diga.

—Deseo que readmitas al camarero que despediste.

—¿Despedir...?

—Me refiero al que sirvió mi mesa.

—Oh, no, señorita, yo no lo despedí... ¿Por qué iba a hacerlo...? Vinieron a buscar a Paul. Tuvo que marcharse. Me pidió permiso y yo se lo concedí... Es un gran chico.

Laurie sintió que el rubor le subía a la cara. Aquella noche estaba cometiendo demasiados errores. Pero, en el fondo, se sintió confortada al saber que el rubio Paul continuaría trabajando en el restaurante.

—¿Quiere que le busquemos un taxi? —Oyó que le preguntaba Maurice.

—No, gracias, quiero andar un rato.

Poco después, Laurie paseaba por junto a la orilla del Sena. Hacía una noche magnífica.

En un principio, pensó en dirigirse a Saint-Germaines-Pres, pero luego decidió que estaba cansada y que, teniendo en cuenta que al día siguiente emprendería su viaje, sería preferible que durmiese.

Tomó un taxi que la dejó a la entrada del hotel.

Cuando cruzaba el vestíbulo, sonrió recordando al guapo René Duval.

Dirigió una mirada a los sillones, pero sólo vio ocupado uno de ellos por un anciano.

Recogió la llave en el registro y subió en el ascensor.

Fumó un cigarrillo mientras se despedía.

La campanilla del teléfono se puso a sonar.

Se mantuvo indecisa unos instantes. Debía ser René. Querría disculparse por haberla dejado en el restaurante, y naturalmente, ahora la haría una invitación para que fuese a ver algún espectáculo, pero ella le daría una respuesta negativa.

—¿Sí?

—¿Hablo con Laurie Wilson? —Era una voz de mujer.

—Sí, soy Laurie Wilson...

—Laurie... —Hubo una pausa. La voz era entrecortada—. Soy Orange...

—Orange, cuánto me alegra oírte... ¿Qué tal te va en Marsella? ¿Cómo está tu tía...?

—Laurie, no estoy en Marsella... Estoy aquí, en París.

—¿Cómo...? Pero tu hermana me dijo...

—Yo no tengo ninguna hermana... Me han atrapado... Estoy prisionera, pero no sé dónde...

—¿Qué estás diciendo, Orange?

—Escúchame bien... Tienes que hacer algo por mí...

De pronto, se interrumpió la comunicación.

Laurie estaba rígida, como si se hubiese convertido en un bloque de hielo. Golpeó el auricular.

—¡Orange...! ¡Orange...! —gritó por el micro.

Entonces oyó una voz femenina, la de la telefonista del hotel.

—Lo siento, señorita Wilson, pero se cortó la comunicación.

—Oiga, señorita, ¿desde dónde llamaban?

—Lo siento, pero eso no lo podemos saber...

—Lo comprendo... Quiero hacerle una pregunta. ¿Hubo alguna llamada para mí mientras estuve fuera?

—Espere un momento y lo consultaré. Yo entré hace una hora.

Laurie esperó nerviosa y, al cabo de un minuto, oyó la voz de la telefonista.

—No, señorita Wilson. No hubo ninguna llamada para usted.

—Perdone, ¿escuchó usted lo que me decía la mujer que estaba a la otra parte hace un momento...?

—En absoluto, señorita. No escuché nada... ¿Le ocurre algo?

—No, nada. Gracias por todo.

Laurie dejó lentamente el auricular en la horquilla.

Se apretó las sienes con la mano. Estaba aturdida, confusa... Nunca había hablado con Orange. ¿Era realmente ella? Y suponiendo que fuese Orange, ¿por qué la tenían prisionera...? ¿Quiénes la habían raptado?

Creyó escuchar otra vez la voz que le había llegado a través del cable: «—Yo no tengo ninguna hermana».

CAPÍTULO III

Rué Minuit 23. Aquélla era la casa de Orange, adonde ella había dirigido sus cartas.

—¿He de esperarla, señorita? —preguntó el conductor del taxi que la había llevado hasta allí.

—Sí, por favor.

Laurie lo había decidido en un par de minutos en el hotel, después de recibir la supuesta llamada de Orange. Iría a casa de su amiga. Eso era lo mejor para salir de dudas.

Y ya estaba allí.

La casa estaba a oscuras, lo mismo que el jardín que la rodeaba, circundado por una verja.

A la luz de la luna, vio el camino de cemento que conducía al porche. Resueltamente echó a andar y poco después pulsaba el timbre de la puerta.

Esperó un minuto. Dos.

Arriba, una ventana se iluminó.

Había alguien en la casa, pero ¿quién sería?

Transcurrieron otros sesenta segundos y al final le abrieron. Era Beatrice, la rubia.

—¿Usted, señorita Wilson?

—Buenas noches. ¿Puedo pasar?

—Desde luego.

Beatrice parecía acabar de levantarse de la cama. Se cubría con un batín verde y por el escote mostraba el camisón.

En el vestíbulo se iniciaba una escalera que conducía al piso alto, desde donde había bajado Beatrice.

La rubia apartó unas cortinas a la derecha y dio vuelta al conmutador de la luz.

Laurie entró en una salita de estar donde vio un mueble bar, un aparato de televisión, y un tresillo.

—¿Beberá algo, señorita Wilson?

—Sí, gracias.

—¿*Whisky* o prefiere una de nuestras bebidas?

—*Whisky*, si no le importa.

Beatrice fue al mueble bar y alcanzó una de las botellas.

—No se quede de pie, señorita Wilson. Siéntese.

Laurie ocupó un sillón. Era confortable.

Beatrice le alargó un vaso.

Las dos bebieron y Beatrice preguntó:

—¿A qué debo la sorpresa de su visita?

—Recordé de pronto que Orange me debía entregar un estudio de ella acerca de los traductores franceses. Pensé que quizá se lo había dejado a usted.

—Oh, no, Orange no me habló de ello. Lo siento...

—Quizá lo dejó aquí, en algún lugar de la casa.

—Orange guardaba sus cosas en su habitación. Subiré un momento para ver si encuentro esos papeles.

—Gracias, es usted muy amable. Siento causarle estas molestias...

—Oh, no tiene por qué disculparse.

—Decidí venir ahora porque mañana me marcho de París muy temprano.

—No se preocupe.

Beatrice dejó su vaso de *whisky* sobre la mesa ratona y salió de la habitación.

Laurie oyó sus pasos, cuando ascendía por la escalera. Cuando se perdieron arriba, se puso en pie y acercóse a la biblioteca.

Leyó los títulos de algunas novelas editadas en Francia o en Inglaterra.

Al cabo de unos minutos, oyó otra vez los pasos de Beatrice y regresó al sillón.

La rubia entró en la estancia sin traer nada en las manos.

—Lo siento, Laurie, pero no encontré el trabajo al que usted se refiere, aunque quizá Orange lo dejó guardado en algún cajón de su escritorio, pero ella se llevó las llaves.

—¿Cuál es la dirección de Orange en Marsella?

Beatrice borró poco a poco la sonrisa de sus labios.

—¿Va a ir usted a Marsella? Habló de viajar hacia el Noroeste.

—He pensado que, al no quedarme en París, terminaré mi trabajo mucho más pronto de lo que había imaginado y, como me quedarán algunos días disponibles, quizá vaya a Marsella.

—Comprendo. La dirección de Orange es: Rué Ajaccio 312.

—¿Cuál es el nombre de su tía?

Beatrice se mojó los labios con la lengua.

—Juliette Périer.

De pronto se oyó el sonido lejano de una campanilla de teléfono. Procedía del piso superior.

—Perdone, señorita Wilson. He de atender la llamada.

Beatrice salió nuevamente de la habitación.

Laurie tenía la impresión de que se estaba cubriendo de ridículo. Todo aquel absurdo había nacido de la llamada que había recibido en el hotel.

Al mirar a su alrededor, descubrió un teléfono sobre el mueble bar.

Se puso en pie. Era un supletorio. Beatrice podía haber hablado por él.

—Bueno, ¿qué tontería estaba pensando? Beatrice era muy dueña de hablar sin que una persona extraña la escuchase.

Ya había empezado a dar rienda suelta a su imaginación. Hasta ahora no había ocurrido nada anormal. Todo era lógico y claro. Se había equivocado al pensar que Beatrice no le daría la dirección de Orange en Marsella, y hasta le había dicho el nombre completo de su tía.

Pero, entonces, ¿cómo explicar la llamada que había recibido en el hotel...? ¿Una broma? Absurdo. Aquella mujer había dicho ser Orange. ¿Quién sabía que ella y Orange habían sostenido correspondencia durante los últimos meses si ni siquiera se habían visto?

Había echado a andar otra vez hacia el sillón. Se sentaría allí y estaría quieta.

Miró otra vez el teléfono. Beatrice estaba hablando por él. ¿Por qué no alcanzar el auricular?

Eso era imperdonable en una señorita. ¿Pero no aconsejaban las circunstancias que se olvidase de la educación?

Atrapó el auricular. Movi6 la palanquita suavemente. No tenía que oírse ningún ruido. Sintió que se ponía roja al pensar que Beatrice pudiese escuchar el chasquido. Bastaría eso para que Beatrice supiese que ella, Laurie, estaba escuchando.

—¡No, no se produjo ningún chasquido! Estaba segura.

Se acercó el auricular al oído.

—Querida —dijo una voz varonil—. Te echo mucho de menos.

—Y yo a ti también, Marcel —le respondió Beatrice desde la habitación de arriba.

—Deseo mucho que pasen estas horas, estos tres días... Luego, tú y yo siempre estaremos juntos, Beatrice.

—Sí, Marcel. Jamás nos separaremos.

Laurie se sintió más avergonzada que nunca. Estaba cometiendo una villanía, escuchando una conversación entre enamorados. Se dispuso a dejar el teléfono cuando oyó de nuevo a Beatrice.

—Marcel, ella está aquí.

—¿Ella?

—La inglesa.

—¿Cómo diablos ha ocurrido? Dijiste que habías ido a esperarla a la estación... —Sí, eso hice, pero ella se presentó hace un rato preguntando por ciertos trabajos de Orange sobre los traductores franceses.

—¿Dónde la dejaste?

—Abajo, en la salita, pero se irá enseguida. Ya le dije que no encontré el manuscrito.

—Está bien, Beatrice. Espero que sepas librarte de ella.

—Marcel, le tuve que dar la dirección de Orange en Marsella.

—¿Qué dices?

—Ella me la pidió.

—¡Estúpida, debiste decir que no la conocías!

—¿Cómo lo iba a hacer? Orange se fue a nuestra casa de Marsella, a atender a nuestra supuesta tía que se encuentra gravemente enferma.

—Así están las cosas, ¿eh?

—Ella dijo que se llegaría a Marsella.

—Tú sabes que esa inglesa no puede ir a Marsella.

—Pensaba llamarte enseguida, en cuanto ella se hubiese marchado.

—Qué ingeniosa eres. Ella no puede salir de esa casa. Retenía ahí. Yo iré enseguida.

Laurie tenía la impresión de que la sangre se le había helado en las venas.

No quiso oír el final de la conversación. Dejó el auricular en la horquilla con mano temblorosa.

Tenía que marcharse de allí lo antes posible. Ahora mismo.

Echó a andar hacia la puerta.

De pronto, por entre las cortinas que había más allá de las estanterías de libros vio aparecer una mano. Se detuvo lanzando un grito.

Las cortinas se abrieron y vio frente a ella a un hombre de ojos monstruosos. Frisaba en los cincuenta años y era de cabello blanco. Sus ojos eran muy grandes porque los defendía con lentes de alta graduación.

—¿Qué le pasa, señorita? —Su voz era ronca—. ¿La he asustado?

—Sí... Perdone, pero me tengo que marchar...

—¿Es amiga de Beatrice?

—Sí, pero ya nos despedimos. Encontrará a Beatrice arriba.

Tenía que huir cuanto antes. No podía entretenerse. Pero aquel hombre estaba allí, mirándola fijamente, como si pretendiese descubrir sus más íntimos pensamientos.

—Hasta la vista, señor... Celebro mucho haberlo conocido.

Pasó por entre los dos sillones, encaminándose hacia el vestíbulo, pero nuevamente se hubo de detener al ver en el hueco a Beatrice.

—¿Ya conoce a mi padre, señorita Wilson?

Laurie tragó saliva.

—Sí, lo acabo de conocer, me parece muy simpático.

—Papá, ésta es la amiga de Orange, Laurie Wilson.

—Es un honor, señorita Wilson.

La joven inclinó la cabeza formando una sonrisa. Consultó su reloj de pulsera.

—Caramba, se ha hecho muy tarde... Gracias por su *whisky*, Beatrice. Ahora me tengo que marchar. Me quedan muy pocas horas para dormir antes de tomar de nuevo el tren...

—No se vaya todavía, querida —repuso Beatrice—. Quizá mi

padre sepa dónde está el manuscrito por el que usted vino...

El hombre de los ojos monstruosos arruga el entrecejo.

—¿Te refieres a alguna de las traducciones de Orange, hijita?

—No, papá. Se trata de un trabajo especial dedicado a su profesión.

Laurie estaba pensando en aquel Marcel que llegaría a la casa de un momento a otro. No podía estar allí para cuando eso ocurriese. Sólo tenía que salir y entonces correría hasta el taxi que la estaba esperando.

—No, Beatrice. No sé nada de ese trabajo especial.

—Gracias por todo —dijo Laurie con rapidez.

Pasó junto a Beatrice.

—Espere, señorita Wilson.

Pero ella siguió andando rápidamente hacia la puerta y la abrió de un tirón.

—No puedo quedarme un minuto más, pero quizá lo haga a la vuelta.

Vio que los ojos de ella refulgían furiosos pero cerró la puerta desde el porche y movió las piernas muy aprisa por el camino de cemento.

En aquel momento los faros de un coche que llegaba la deslumbraron.

Debía ser Marcel.

El coche se detuvo ante la casa que acababa de abandonar.

Vio el taxi y echó a correr.

Abrió la portezuela de golpe y, mientras se colaba gritó:

—¡Eche a correr, deprisa!

—¿Qué le pasa, señorita?

—No pregunte, por favor. Salga de aquí cuanto antes.

El conductor emitió un gruñido.

Laurie miró por la ventanilla. Un hombre salió del automóvil cuyos faros la habían deslumbrado.

En aquel momento se abrió la puerta de la casa y vio recortada en el hueco la silueta de Beatrice.

—Cinco francos de propina, conductor, si me lleva aprisa al centro. Yo pago las multas.

—Corriente, señorita —dijo el taxista, ya el coche en movimiento.

Cuando comenzaba a alejarse, vio que Beatrice bajaba los peldaños saliendo al encuentro de Marcel.

Pero el taxi no se había lanzado a una velocidad fulgurante como ella hubiese deseado.

—¿Qué le pasa a su coche?

—Ya estamos corriendo.

—Cualquiera lo diría. Debe volar.

—Disculpe, señorita, pero no tenemos alas. Este auto ya dio su rendimiento. Lo compré hace dieciocho años, ¿sabe?, y estoy orgulloso de él.

—Le doblo la propina, pero corra. Y deje de ir ya por esta calle. Doble por la primera que encuentre.

El conductor hizo girar el volante enseguida.

—No siga en línea recta. Continúe doblando por todas las calles que encuentre a su paso.

—Sí, señorita, pero todavía no me dijo a dónde quiere ir.

—A la policía.

—Eh, señorita, yo no quiero meterme en ningún lío.

—No se preocupe, usted no tiene nada que ver con lo que me ocurre.

—Pero querrán detenerme como testigo... y yo no he visto nada.

—Le repito que no ha de temer. Puedo arreglármelas perfectamente sin usted. —Es lo que usted cree. Los policías son muy preguntones. Ése es su trabajo, hacer preguntas a la gente. Yo quería regresar a mi casa. Lo iba a hacer cuando usted entró en el coche... Dicen que siempre la primera idea es la buena. Un cuarto de hora antes de que usted llegase, había decidido retirarme. Pero luego pensé en hacer una última carrera.

Laurie miró por la ventanilla.

Muchos vehículos marchaban detrás. Cualquiera de ellos podía ser el tripulado por Marcel.

A aquellas horas, todos los autos parecían iguales.

—Debe haber una comisaría cercana —dijo.

—Hay una al final de la calle.

Laurie miró el parabrisas y vio que la calle era muy larga.

De pronto, uno de los coches que iban detrás, se adelantó rápidamente y corrió paralelo al de Laurie.

La joven miró al conductor y sintió que el corazón le daba un

vuelco al ver que él también la estaba observando a ella.

Pudo ver las facciones del hombre. Era de sienes y mejillas hundidas y ojos un poco saltones.

Era él, sin lugar a dudas: Marcel.

No la dejaría llegar hasta la comisaría.

Durante unos segundos recordó los films de *gangsters*, en que la mujer perseguida era abatida a la acera de la calle cuando iba a entrar en la casa a la que se dirigía.

Eso es lo que haría Marcel con ella.

Cuando el taxi se detuviese ante la comisaría y saltase fuera, oiría el tableteo de una metralleta y, casi en el mismo instante, llegaría la ráfaga que la partiría por la mitad.

Aquel coche seguía corriendo paralelamente al taxi.

Estaban llegando al final de la calle. Laurie vio la puerta de la comisaría.

—Aquí es —dijo el conductor.

—¡No se detenga! —se oyó gritar Laurie.

—Usted buscaba una comisaría, señorita.

—Siga adelante. He cambiado de idea.

—No espere que corra más, señorita.

Pasaron por frente a la comisaría.

Laurie miró otra vez al hombre que conducía el auto y le pareció que él sonreía con sarcasmo, como si dijese: «Puedes hacer lo que quieras, Laurie. Te tengo atrapada. Da lo mismo que saltes frente a la comisaría o en cualquier otra parte. Te seguiré hasta donde sea. Éste es un bonito juego que me gusta... Puedes prolongarlo cuanto quieras...».

De repente, llegó un camión por la otra dirección y el hombre de los ojos saltones prefirió frenar para colocarse detrás del taxi en lugar de pasarlo.

De esta forma, el taxi cobró inesperadamente una ventaja.

Laurie miró por la portezuela.

Sus ojos vieron un anuncio de neón: Restaurant Les Abismes.

—¡Pare ahí! —gritó al conductor.

Laurie sacó del bolso un montón de billetes. No los contó.

El taxista frenó junto al bordillo de la acera.

Laurie saltó por la portezuela y sin mirar atrás corrió, entrando en el restaurante.

Otra vez Maurice le salió al encuentro.

—¿Olvidó algo, señorita Wilson?

La joven se sintió desconsolada al ver la cara sonriente del encargado. ¿Por qué había entrado allí? ¿Qué clase de ayuda podía prestarle Renaud, padre de siete hijos, protector de primos y tíos?

Justo en aquel momento vio por encima del hombro de Maurice al camarero rubio, con una bandeja en la que portaba algunos platos.

—Perdone, Maurice, pero quiero hablar con Paul.

Volvió atrás la cabeza y se quedó aterrorizada al ver entrar en el local al hombre de las sienes hundidas y los ojos saltones.

Corrió hacia Paul, que se había detenido un momento en la puerta de la cocina para hablar con un compañero.

Atrapó a Paul por el brazo sin detenerse y lo llevó hacia la cocina.

Paul dio un traspié. Trató de sostener la bandeja y lo pudo conseguir a duras penas.

El rubio se quedó asombrado mirando a la joven.

Si quería pegarme por lo que hice, debió esperarme en la calle.

¡Me quieren asesinar, Paul!

—¿Eh?

—¡Ya lo ha oído...! ¡Un hombre ha entrado en el local...! ¡Me sigue para matarme!

CAPÍTULO IV

—¿De qué está hablando?

—¿Cómo quiere que se lo diga?

—Ya comprendo. Se refiere al ingeniero de ferrocarriles. —Paul sonrió—. No se preocupe, es inofensivo.

—No le hablo de René Duval, sino de un hombre llamado Marcel. Tiene las sienes y las mejillas hundidas y los ojos saltones. Hace un momento acaba de entrar aquí, casi detrás de mí.

Paul se acercó a la puerta y miró por encima de los batientes hacia el comedor.

—Sienes y mejillas hundidas —dijo—. Sí, se ha sentado en una mesa, la número nueve. Justamente lo tengo que servir yo... —Miró a la joven con escepticismo—. ¿Por qué la quiere matar?

—Porque sé demasiado.

—Ya entiendo, como la película.

—¿Qué dice?

—Vi *El hombre, que sabía demasiado*. ¿Por qué vino a refugiarse aquí? ¿Por qué no acudió a la policía?

—No pude... Él no me dejó. Casualmente pasé por aquí en el taxi en que huía. Marcel se retrasó un poco por el tráfico y aproveché el momento para saltar.

—Ya entiendo.

—Por la cara que pone, me doy cuenta de que no me cree una palabra.

—Oh, sí, claro que la creo... Ese hombre que está ahí fuera es un asesino y la ha elegido a usted como víctima. Mata todos los días y, mientras no lo hace, no se va tranquilo a casa.

—Ya veo que me persigue la desgracia, cuando el azar me trajo de nuevo aquí.

—Está bien, señorita, iré a comprobarlo.

—¿Qué es lo que va a comprobar?

—Naturalmente, si ese hombre la piensa matar.

—¿Cree que le va a contestar afirmativamente si le pregunta eso?

—Tengo otros medios. Espere aquí.

Paul salió de la cocina.

Laurie asomó poco a poco la cabeza por uno de los batientes.

Vio a Paul dialogar con el hombre de los ojos saltones. Éste negaba sonriendo. Entonces Laurie hinchó los pulmones de aire, empujó las hojas movibles y caminó resuelta hacia la mesa donde estaban los dos hombres.

—¿Qué ha hecho de Orange? —preguntó de pronto.

El hombre la miró con los ojos parpadeantes.

—¿Cómo dice?

—No se haga de nuevas. Sabe perfectamente a lo que me refiero. Usted sostuvo una conversación telefónica con Beatrice.

—¿Beatrice...? No conozco a nadie de ese nombre.

Claro que no, ni tampoco le dijo usted a ella que esperaba supiese librarse de mí.

Señorita, le aseguro que...

—No asegure nada. Los he descubierto. Escuché la conversación telefónica que usted sostenía con Beatrice. Sé que Orange no se fue a Marsella, que allí no existe ninguna tía... Ustedes tienen secuestrada a Orange por alguna razón.

El hombre de los ojos saltones tragó saliva.

—No comprendo... Yo no entiendo nada... Oiga, yo la vi en el coche, usted me miró a mí fijamente... Bueno, creí que usted y yo podríamos entendernos... Por eso decidí seguirla... Cuando la vi entrar en el restaurante, ya no tuve duda de que me estaba concediendo una cita...

—¿A quién se la quiere pegar? —Laurie saltó sobre aquel hombre y le sujetó el cuello con el brazo—. Es una llave de yudo y no se soltará.

Los ojos de su prisionero parecieron ir a salir de las órbitas.

—Paul, dese prisa, quítele la pistola... ¿Qué está esperando?

—Sí, ahora mismo.

Paul se inclinó sobre el cliente, que ya estaba enseñando un

palmo de lengua, y le registró bajo las axilas y los bolsillos interiores. —¿Ya la tiene?— preguntó Laurie.

Paul mostró las palmas de las manos vacías.

—No lleva pistola.

—Es un carnicero. Quítele el cuchillo.

Paul metió la mano en uno de los bolsillos interiores del prisionero y exhibió un cortaúñas.

—¿Espera que la mate con esto, señorita?

La víctima de Laurie hacía extraños virajes, se debatía en la silla.

—Oiga, Laurie —habló Paul—, si yo estuviese en su lugar, dejaría a este hombre, aunque sólo fuese para que no la acusasen de homicidio casual.

La joven dejó libre al tipo, el cual se derrumbó en la silla casi desmayado.

—Pero éste es Marcel... El hombre que quiere matarme.

Paul sacó la cartera del cliente y la abrió. Tras un examen canturreó.

—Charles Grignon, agente comercial, bulevar Diderot, trescientos catorce.

—¡No puede ser! —exclamó Laurie.

—Compruebe su documento de identidad. Está la fotografía. Es la cara de este hombre.

Laurie observó el documento que Paul le tendía y se sintió desconsolada.

Charles Grignon ya se estaba reponiendo. Se levantó trabajosamente y apoderóse de un tirón de la cartera que sostenía Laurie con la mano.

—¿Ya se divirtió bastante conmigo? Me está bien empleado por no hacerle caso a mi mujer. Siempre me dice: «¿Por qué has de andar detrás de otras si aquí tienes una esperando?».

Echó a andar con paso vacilante y poco después salía del local.

—Pobre hombre —dijo Paul—. Pero a pesar de lo que diga, no escarmentará. Irá detrás de la primera que le guiñe el ojo.

—¿Supone que yo le he guiñado el ojo?

—Oiga, Laurie...

—¿Ya sabe mi nombre?

Se lo pregunté al patrón. ¿No cree que debe marcharse a su hotel y dormir un rato?

—¿Qué es lo que usted supone? Pero no hace falta que lo diga... Cree que estoy loca...

Paul se rascó por detrás de una oreja.

—Bueno, yo no aseguraría tanto... Quizá se encuentre un poco... mareada. Estuvo de fiesta por ahí y bebió una copa de más.

—Sepa una cosa, Paul. De aquí me marché al hotel y no estuve en ninguna fiesta. Aunque es cierto que bebí un vaso de *whisky*. — Uno detrás de otro.

—¡Uno nada más, y fue en la casa del crimen!

—La casa del crimen, ¿eh?

De pronto, Laurie recordó que ella había hablado con Orange por teléfono. Fue precisamente su amiga la que le puso en movimiento.

—Bueno, no estoy segura de que hayan matado a nadie...

—Vaya, ha hecho una rebaja...

—Pero la pueden matar.

—Sí, claro. Todos los días matan a alguien en París... Ésta es una ciudad muy grande, ¿sabe?

—¡No me bable como si fuese una chiquilla de dos años!

—Dígame cómo debo hablarle.

La joven hizo una pausa. Estaba furiosa consigo misma por haber cometido aquel error con Charles Grignon. Pero ¿qué culpa tenía ella? Había sido el miedo, que le había llegado al tuétano después de su visita al número veintitrés de la calle Minuit.

Eso era. Allí estaba la solución. Todo lo suyo era fácil de comprobar. Marcel no había podido seguirle la pista y, por lo tanto, podía acudir a la policía. Denunciaría los hechos que había protagonizado y la policía haría la oportuna comprobación. De nada le valdría a Beatrice, la falsa hermana de Orange, o a su supuesto padre, decir que Orange se había ido a Marsella, calle Ajaccio 312, porque a la policía le bastaría poco tiempo para verificar ese dato que también era falso.

Entornó los ojos y sonrió triunfalmente.

—Usted y yo ya no tenemos que decírnos nada, Paul. Voy a solucionar mi problema por mis propios medios.

—¿A qué medios se refiere?

—Acudiré a la policía.

—¿Insiste en qué la quieren matar?

—Sí, pero ya perdí demasiado tiempo con usted. Hasta la vista.

—Que se divierta. Y tenga cuidado con los asesinos sueltos.

Ella le dirigió una mirada furibunda al ver que le sonreía.

—Siento deseos de ahogarlo, Paul.

—No lo intente con su llave de judo. A mí también me dieron unas cuantas clases.

—Me gustaría demostrarle que aprendió muy poco, pero tengo algo más urgente que hacer.

La joven se dirigió hacia la puerta de la calle.

—¿Le ocurrió algo con Paul? —le preguntó el encargado.

¿De dónde lo sacó, Maurice?

Es un pintor americano, ¿sabe?

—Oh, debí figurármelo.

—¿Por qué dice eso, señorita?

—Una vez me dijeron que en París hay cincuenta y cuatro mil pintores, de los cuales no llegan a cuatrocientos los que viven de su profesión. Los demás han de vivir de otra cosa.

—Paul es un pintor bueno. Algún día su firma será cotizada. Hice una buena inversión. Le compré dos cuadros y quizá me anime a comprarle alguno más... ¿Por qué no le sugiere que la lleve a su estudio? Puede elegir entre cincuenta cuadros.

—No, gracias, Maurice. Me temo que Paul y yo nunca llegaríamos a un acuerdo con respecto a su arte.

La joven continuó andando hacia la calle.

Pero se detuvo antes de llegar a la puerta. Hasta entonces no había pensado en una posibilidad. Era indudable que Marcel debía haber emprendido su persecución apenas le informó Beatrice de que escapaba en el taxi. Y Marcel tripulaba un auto mucho más veloz que aquél en el que viajaba ella, adquirido dieciocho años antes.

¿Cómo había podido imaginar que Marcel entraría en aquel restaurante para matarla? En tal caso, habría sido fácilmente identificado por los camareros, Maurice y algún cliente. No; Marcel estaba fuera, esperando que ella saliese.

Dio media vuelta y entró otra vez. Llamaría desde allí mismo a la policía. Se dirigió a la cabina, pero leyó un cartel anunciando que el teléfono estaba averiado.

—¿Dónde hay otro teléfono, Maurice?

—En la cocina.

Laurie empujó los batientes en el momento en que Paul se disponía a salir con la bandeja repleta.

Otra vez el rubio tuvo que hacer un quiebro para evitar que los platos que llevaba cayesen al suelo.

—¡Eh! ¿Todavía continúa aquí? ¿Está empeñada en no marcharse hasta tirarme la bandeja al suelo?

—¿Dónde está el teléfono? Necesito hablar con la policía.

—Parece que se lo tomó en serio.

—No le he pedido su opinión.

—¿Qué es lo que quiere de la policía?

—Que vengan aquí para escucharme.

—Cualquiera diría que la historia que empezó a contar antes es cierta.

—Lo es, Paul, pero ya me importa un rábano lo que usted piense.

Paul chascó los dedos hacia un compañero que estaba haciendo números en una libreta.

—Eh, Antoine, ¿quieres ocuparte de la mesa siete? Anda, llévalas esto.

Antoine soltó un gruñido, pero aceptó la bandeja que Paul le pasaba y salió de la cocina.

—Está bien, señorita Wilson —dijo el rubio, cruzando los brazos—. Estoy dispuesto a escucharla.

—No pienso contárselo a usted, sólo a la policía...

Precisamente tengo un amigo que es policía, el inspector Marot.

—¿No me engaña?

—En absoluto. ¿Por qué la iba a engañar?

Laurie sopesó la propuesta de Paul.

—¿Puede traer a su amigo aquí?

—Sí, desde luego.

—¿Ahora mismo?

Paul se apretó el puente de la nariz y finalmente sacudió la cabeza.

—Le avisaré por teléfono y no tardará mucho en llegar. Está cerca de aquí.

Se dirigió hacia el teléfono. Laurie le vio hablar durante un minuto y finalmente colgó.

—Ha dicho que viene enseguida.

La joven sacó un paquete de cigarrillos del bolso y lo ofreció a Paul.

—No, gracias —dijo él—. Sólo fumo tabaco negro.

El inspector de policía poco después apareció. Paul lo presentó con su nombre completo, Raymond Marot. Frisaba en los cuarenta y cinco años y era de talla media, nariz arrugada y boca en forma de hocico.

Laurie contó su historia desde el principio al fin y, cuando hubo terminado, se hizo un silencio.

El inspector Marot se miraba las uñas de la mano derecha.

—Disculpe, señorita, pero quiero hacerle una pregunta.

—Puede hacer todas las que quiera, inspector.

—¿Se encuentra bien?

—¿Cómo?

—Quiero decir si durante el viaje se sintió repentinamente indispuesta...

—Me encuentro perfectamente, y no me mareé durante la travesía del canal.

—Está bien, no se enfade. Enséñeme la fotografía de Orange Périer que ella le envió.

Laurie sacó del bolso la fotografía que entregó al inspector. Éste y Paul la examinaron atentamente.

—Raymond —dijo el rubio—. Creo que lo mejor será que hagamos una visita al número veintitrés de la rué Minuit.

—Sí, eso mismo estaba pensando yo. Vamos, señorita. Dejé el coche fuera.

—Les acompaño —habló Paul.

Maurice no puso inconveniente a que Paul abandonara el trabajo.

Media hora más tarde, Laurie volvía a ver, envuelta en la oscuridad, la casa en que había sorprendido la extraña conversación telefónica.

—Deben haber huido, inspector —dijo—. Sería estupendo que usted se pusiese en contacto con sus compañeros para que vigilaran los aeródromos, las carreteras...: Le daré una descripción de Beatrice y de su supuesto padre.

—Un poco de paciencia, señorita Wilson. Primero hay que hacer la comprobación.

—¿Qué comprobación va a hacer si no encuentra a nadie en la casa?

—Puede que estén durmiendo.

—Oh, no creo que ellos hayan cometido semejante ingenuidad después de que yo logré huir... ¡Le repito que ellos ya no están ahí dentro!

—De todas formas, venga conmigo.

Los dos hombres y la joven subieron al porche y el inspector apretó el pulsador.

Transcurrió un minuto y nada vino a turbar el silencio de la noche.

—Ya se lo advertí, inspector. Hemos perdido un tiempo precioso mientras esos delincuentes huyen...

Pero en aquel momento, como ocurrió cuando Laurie llegó sola a la casa, se encendió la ventana superior.

—Creo que está equivocada, señorita —dijo el inspector—. Hay alguien dentro.

Laurie había quedado sorprendida. Esperó sin decir nada.

La puerta fue abierta por la mujer que ella conocía como Beatrice.

—Buenas noches —dijo—. ¡Ah! ¿Es usted, señorita Wilson...?

—Sí, soy yo.

—Cuánto celebro que haya vuelto... Mi hermana sintió mucho que tuviese que marcharse usted antes.

—¿Su hermana?

Beatrice rió.

—Sólo tengo una hermana, señorita Wilson. ¿No lo recuerda...? Ya se lo dije.

—Oiga. ¿Qué lío está armando? Me dijo que estaba en Marsella.

—¿Marsella...? Oh, no, ¿cómo le pude decir tal cosa?

—Había ido a Marsella a instancias de su tía que se encontraba grave.

—Dispense, señorita, pero no tenemos ninguna tía en Marsella.

—Y también es posible que no tenga ninguna hermana.

Beatrice parpadeó confusa y miró a los hombres que flanqueaban a la joven.

—Caballeros, ¿quieren ustedes explicarme...?

—Soy el inspector Raymond Marot. Creo que su nombre es

Beatrice Périer.

—Sí.

—Debo advertirle, señorita Périer, que no vengo en acto de servicio, sino a instancias de Paul Rochester, amigo de la señorita Wilson.

—No entiendo nada, inspector... ¿Sería usted tan amable de explicarme de qué se trata? —¿Por qué no nos deja entrar, Beatrice? —preguntó Laurie.

—Oh, sí, perdonen —repuso la rubia—. Estoy tan aturdida que no me di cuenta. Pasen y seguiremos hablando en la salita de estar.

Entraron en la casa y, cuando Laurie se encontró en la habitación donde había escuchado la conversación entre Beatrice y Marcel, dijo:

—Pueden ver el teléfono sobre el mueble bar —no se preocupó de mirar hacia el lado que ella misma indicaba, pero lo hicieron por ella el inspector Marot y Paul.

Se oyó la voz de Marot:

—Señorita Wilson, encima del bar no hay ningún teléfono.

Laurie corrió hacia allí y buscó los hilos por detrás del mueble, pero no había ninguno.

—¿Qué busca, señorita Wilson? —Oyó que le preguntaba Beatrice.

La miró a la cara y vio en los labios de la rubia una sonrisa de ironía.

—¿Qué juego se trae entre manos? Y no empiece a decir que no lo comprende. ¿Dónde está Marcel?

—¿Marcel?

—Ahora no conoce a ningún Marcel.

—Desde luego, señorita Wilson, conozco a unos cuantos Marcel. Estamos en Francia y ése es un hombre bastante corriente aquí. ¿A cuántos hombres que se llamen Marcel conoce usted, inspector?

—Algunos centenares —respondió el policía con voz un poco grave.

—¿Dónde está su padre, Beatrice? —preguntó Laurie—. ¿Quizá tuvo que marcharse a Burdeos porque recibió un telegrama de una tía suya que se encontraba agonizando?

En aquel momento tuvo la respuesta porque oyó la voz del hombre de los ojos monstruosos. Había aparecido por el hueco que

comunicaba con el vestíbulo.

—¿Qué está diciendo, señorita Wilson?

—Bueno —sonrió la joven con sarcasmo—. Ya tenemos a la familia completa.

—Oh, no, señorita Wilson —repuso el hombre de los lentes—. Recuerde que tengo dos hijas... Falta Orange.

—Pero Orange se encuentra en Marsella.

—¿En Marsella? ¿Por qué iba a ir mi hija a Marsella? Siempre ha estado aquí.

La joven levantó la barbilla, con ojos entornados.

—Creo que ya sé lo que pretenden hacer.

—¿A qué se refiere, señorita Wilson?

—¿Dónde está Orange?

—Arriba, en su habitación.

—Lo suponía.

—Ha estado todo el día en su cuarto.

—Y, naturalmente, también estaba en su cuarto cuando yo estuve aquí hace poco más de una hora.

—Pero ¿qué le pasa, señorita Wilson? ¿Cómo es posible que no se acuerde? Orange bajó y estuvo hablando con usted.

—¿Conmigo? ¿De qué tontería está hablando?

—Mantuvieron un diálogo acerca de los traductores... Bueno, a Beatrice y a mí no nos importaba mucho la conversación de ustedes y decidimos retirarnos a descansar...

Laurie se dirigió a Marot:

—Inspector, los dos están mintiendo. Nunca pude hablar con Orange acerca de traductores porque ella no está aquí. No la vi cuando estuve en esta casa. Me dijeron que se había ido a Marsella.

—Papá —intervino Beatrice—. Te presento al inspector Raymond Marot, de la policía.

—Celebro conocerle, inspector. Michel Périer, a su disposición.

—Disculpe el embrollo que le hemos traído a su casa, señor Périer. Le aseguro que vine aquí de buena fe a realizar una investigación. Pero quiero anunciarle algo que ya dije a su hija. Mi visita no es oficial.

—Oh, sí, inspector, pero no se preocupe, puede usted realizar su trabajo. Mis hijas y yo procuraremos colaborar con usted en lo que de nosotros dependa.

—Al parecer, se trata de un malentendido —dijo Marot.

—¿Que dice, inspector? —exclamó Laurie—. Aquí no hay ningún malentendido. Toda la historia que le conté es verdadera. No invente absolutamente nada.

—Bien —gruñó Marot—, si usted me permite, señor Pérrier, voy a pedirle algo.

—Le escucho, inspector.

Quisiera hablar con su hija Orange.

Laurie sonrió triunfalmente.

—Eso no puede ser, inspector. Ellos le dirán que Orange no está visible, que le ocurre cualquier cosa que le impide bajar y, naturalmente, nosotros tampoco podremos subir. La razón es muy simple. Orange no se encuentra en esta casa. Pero ellos saben perfectamente dónde está. La tienen prisionera por algún motivo... Orange no tiene ninguna hermana y, naturalmente, dudo que este hombre sea su padre. Todo es una maquinación, un complot, inspector.

—Por favor, señorita Wilson, ¿quiere guardar silencio?

Laurie fue a decir algo más, pero Paul se lo impidió apretándole el brazo.

Hecha la calma, el inspector se dirigió de nuevo al hombre de los lentes de alta graduación.

—Cuando la señorita Wilson nos interrumpió, le estaba pidiendo que me dejase ver a su hija Orange.

—Oh, sí, no tengo inconveniente.

Michel Pérrier se acercó a la pared y apretó un botón.

Oyeron un timbrazo por encima de sus cabezas, en el piso superior.

Tras una espera de unos segundos, oyéronse pasos por la escalera.

Laurie miró hacia el hueco. Todavía no veía a nadie.

—Inspector, ahora va a saber que yo soy la única que ha dicho la verdad. Usted ha visto a Orange en la fotografía, lo mismo que Paul y yo. Está claro lo que han maquinado ahora... Van a presentarnos una muchacha que no es Orange, pero que querrán hacer pasar por Orange.

—No se preocupe, señorita Wilson —repuso el inspector—. Recuerdo perfectamente la fotografía de su amiga.

Siguieron oyéndose los pasos en la escalera lentos, pausados.

Se detuvieron al llegar abajo.

Michel se asomó por el hueco.

—Orange, hija, te estamos esperando.

—Perdona, papá, pero me sigue doliendo la pierna desde que me caí el otro día en el jardín —respondió una voz femenina.

Laurie trató de identificar aquella voz con la que había llegado a través del cable en el hotel, cuando Orange le anunció que no estaba en Marsella, sino en París, y que se encontraba prisionera.

Pero sus esfuerzos resultaron vanos, ya que, en aquella ocasión, le había llegado una voz presa del nerviosismo y de la excitación.

—Lo debí tener en cuenta —respondió Michel Périer—, y ayudarte a bajar...

Salió de la habitación, pero enseguida volvió a entrar trayendo consigo a la joven. Laurie sintió que el corazón le daba un vuelco al ver a la misma Orange que ella conocía, la de la fotografía, su amiga.

CAPÍTULO V

Orange Périer sonrió diciendo:

—Laurie, cuánto me alegro de volverte a ver... Papá, Beatrice, ¿cómo no me dijiste que había vuelto otra vez Laurie?

Orange se apartó de su padre y caminó risueña hacia la asombrada Laurie. Se detuvo ante ella y la besó en la cara.

—Orange, he venido para librarte de estas personas —dijo Laurie con un hilillo de voz.

—¿Qué estás diciendo, Laurie?

—Ella no es tu hermana...

—¿Cómo?

—Y estoy segura de que tampoco ése es tu padre.

—Pero, Laurie, ¿qué te pasa...? ¿Cómo has podido cambiar tanto en poco más de una hora que no nos hemos visto? Entonces me pareciste una mujer normal.

—¿De qué hablas, Orange? Tú y yo no nos hemos visto antes de ahora.

—¿Qué?

—Cuando llegué aquí, tú no estabas.

—Pero, querida, ¿no recuerdas que esta tarde fui a esperarte a la estación?

—Oh, no. Orange, tú no viniste a la estación. Fue Beatrice la que fue a darme la bienvenida... Me dijo que te habías ido a Marsella para cuidar a tu tía Juliette que se encontraba grave.

—Laurie, yo no tengo ninguna tía en Marsella.

Laurie retrocedió parpadeando.

—No te comprendo... Me hiciste una llamada al hotel... Estabas en peligro... Te encontrabas en París, te habían raptado, pero no supiste decirme a qué lugar te habían llevado.

—Pero si yo estaba en mi casa... Aquí. ¿Cómo no voy a conocer mi casa...? Pero nadie me raptó, Laurie. Siempre he estado con mi padre y mi hermana.

—Eso me recuerda algo que agregaste. No tienes ninguna hermana.

Orange miró a los dos hombres que habían acompañado a Laurie:

—¿Qué le ocurre a mi amiga...? Por favor, díganmelo ustedes.

Marot dio un suspiro.

—Ya ha quedado aclarado todo... Les pido mil excusas... ¿Vamos, señorita Wilson?

Laurie estaba poseída de una gran ira. Ella tenía razón. No había perdido el juicio. Recordaba minuto a minuto las escenas vividas desde que llegó a París.

—Orange, por favor, tienes que decirme lo que te pasa... No te ocurrirá nada. No debes tener miedo...

—Pero ¿qué dices, Laurie?

—Yo sé lo que te ocurre, Orange. Tienes miedo, por eso hablas así... Estás representando un papel...

—Ya basta, señorita Wilson —exclamó el inspector.

—¡No quiero marcharme de esta casa sin mi amiga! —gritó Laurie.

Paul intervino nuevamente.

Laurie, será mejor que nos marchemos.

—¿Tampoco usted me cree? —dijo ella mirando a los ojos de Rochester.

Paul no dijo nada, bajando la vista al suelo.

—Ya entiendo —dijo Laurie—. Nadie tiene en cuenta mis palabras. Yo soy la única que ha inventado aquí una fábula...

—Por favor, señorita Wilson, está molestando a estos señores —intervino el inspector—, y ya es muy tarde.

—Muy bien, saldré con ustedes.

Echó a andar bruscamente, sin despedirse de nadie.

Paul fue tras ella.

El inspector presentó nuevamente sus disculpas y también se retiró.

Laurie y Paul ocuparon otra vez el asiento trasero del coche y el inspector se puso al volante.

El vehículo se deslizó por la calle.

Viajaron durante un rato en silencio.

—¿Por qué no lo dicen ya? —dijo Laurie—. No se anden con rodeos. Necesito urgentemente un psiquiatra, o mejor aún, la prueba está hecha. Debo ser internada inmediatamente en un sanatorio.

—Oiga, señorita Wilson —repuso el inspector sin volver la cabeza—. No creo que su caso sea de cuidado...

—¿No, eh?

—Por razón de mi profesión, he conocido a algunas personas que se encontraban en el mismo estado que usted...

—¿Y cómo me encuentro yo, inspector?

—Obsesionada.

—Vaya, es usted un hombre muy inteligente.

—Usted mantuvo correspondencia con esa muchacha, Orange, y ha confesado que en usted empezó a nacer una corriente de simpatía hacia nuestra compatriota. Usted tiene mente de novelista... —Soy sólo traductora.

—Da igual. El caso es que vive las aventuras que crea la imaginación, aunque hayan salido de otra cabeza.

—Sólo dice cosas absurdas.

—Yo le diré lo que le pasó, señorita Wilson.

—Ande, dígalo, no se quede con las ganas.

—Orange Périer, a través de sus cartas, dejó entrever su personalidad, que resultó más frágil que la de usted. Poco a poco, usted, señorita Wilson, quiso ser una especie de madre para ella.

—No he oído nada más ridículo en todos los días de mi vida.

—Cuando ese sentimiento hubo arraigado en su corazón, usted se creyó obligada a demostrar que estaba dispuesta a llegar al máximo sacrificio por su hija, Orange Périer. Y para que ello fuese posible, le creó un problema. Pero no se contentó con uno sencillo. Tenía que ser algo que realmente valiese la pena y entonces inventó lo del secuestro.

Yo tenía que salvarla de las garras de sus raptores...

—Sí, señorita Wilson, ni más ni menos.

—Bravo, señor inspector. Se ha cubierto de gloria.

—Si yo estuviese en su lugar, trataría de dormir.

—Pero no está en mi lugar, inspector.

—¿Quiere decir que va a seguir molestando a los Périer?

—Me temo que yo nada puedo hacer por mi amiga Orange si usted, todo un policía, se ha dejado engañar tan miserablemente.

—Señorita Wilson, mi paciencia tiene un límite.

Paul intervino.

—Olvídalo, Ray, ella está nerviosa.

—¿Quién está nerviosa? —gritó Laurie exasperada.

El inspector soltó una risita.

—No, usted no lo está... Seguramente debe ser mi mujer.

—¡Pare inmediatamente!

—Todavía nos encontramos lejos de su hotel.

—No importa. Iré por mis propios medios.

—Como quiera, señorita Wilson. ¿Te quedas con ella, Paul? Será lo mejor.

Laurie gritó otra vez.

—¿Por qué dice que será lo mejor, inspector?

—Es usted un manojo de nervios, señorita Wilson, y no le conviene andar a estas horas de la noche sola por estos andurriales.

Marot detuvo el coche a un lado de la avenida por la que circulaban.

Primero salió Paul y luego Laurie. El joven cerró la portezuela.

—Eh, Paul —dijo el inspector—. No trates de llamarme contándome que tú, amiga la señorita Wilson tiene otra prueba. Caso archivado.

Inmediatamente, Marot puso en marcha el vehículo y éste se alejó de los dos jóvenes.

Laurie dio un puntapié, malhumorada, a una piedrecita que tenía delante.

—Es la primera vez que me toman por loca.

Levantó la mirada deteniéndola en los ojos de Paul.

—No ha abierto la boca, Paul.

—No fue necesario que yo dijese nada.

—¿Por qué no?

—Allí estaban usted, la acusadora, un inspector de policía su amiga Orange... Eran los personajes más importantes de la obra, y luego estaban los dos secundarios, Michel y Beatrice Périer. Yo tenía la impresión de ser el espectador que aparece en el escenario porque alguien le empujó desde un rincón.

—Muy bien, usted fue el espectador y, por lo tanto, debe ser menos apasionado que nadie.

—Quizá sí.

—¿Qué es lo que piensa de todo? ¿Quién tiene razón?

Paul se frotó la mejilla con el dorso de la mano.

—No hace falta que diga nada —exclamó Laurie—. Su silencio lo dice todo. Los cree a ellos, a los Périer. Piensa lo mismo que el inspector.

Bueno, Laurie, debe de admitir que su historia es bastante fantástica, teniendo en cuenta lo que ha dicho su propia amiga Orange.

Laurie movió la cabeza de arriba abajo.

—Muy bien, Paul. También lo he de felicitar a usted por su sagacidad. Tuve mucho gusto en conocerle.

Ella fue a dar media vuelta, pero él se lo impidió.

—Escúcheme, Laurie.

—No tengo que escucharle nada. Ya nos hemos dicho todo.

—Cuando contó su historia dijo que había sacado billete para marcharse mañana de París. ¿Qué va a hacer ahora?

—Naturalmente, me quedaré. Cancelaré el billete.

—¿Está segura de lo que hace?

—Completamente segura.

—De modo que piensa seguir investigando lo referente a los Périer, a pesar de todo.

—Desde luego, ya puede estar seguro de que lo haré.

—A pesar del consejo en contra de mi amigo el inspector...

—Sí, Paul, a pesar de la sesuda opinión de su amigo.

—Le voy a proponer un plan.

—¿A qué se refiere?

—Regrese al hotel, duerma tranquila. Mañana pasaré por usted.

—¿Para qué?

—Hablares tranquilamente del asunto. ¿Le parece bien a las doce?

Ella titubeó, pero, finalmente, dio la conformidad.

—Está bien, Paul..., creo que me encuentro demasiado cansada para seguir discutiendo con todos ustedes.

Paul hizo una señal a un taxi.

—Recuérdelo, Laurie —dijo Paul cuando se despedían ante la

puerta del hotel—. Vendré a por usted a las doce, con la condición de que duerma sin preocupaciones.

Pero Laurie tardó mucho tiempo en dormirse aquella noche. A decir verdad, no logró conciliar el sueño hasta que clareó el día.

CAPÍTULO VI

Laurie avanzaba por la oscuridad. De pronto se encendían dos luces. Echaba a correr hacia ellas, pero un poco más allá se detenía empavorecida. Las dos luces eran dos candelabros. Entre ellos había un ataúd. Dentro había alguien. Ella no quería verlo, sino dar la vuelta y echar a correr. Pero estaba clavada en el suelo. De pronto, el ataúd y los dos candelabros empezaban a moverse hacia ella. Y el ataúd se levantaba y en el fondo de la caja veía al hombre de los ojos monstruosos. Quería gritar y abría la boca, pero estaba muda. El frío del miedo la había paralizado. De repente veía emerger de la oscuridad a Paul Rochester. Dos hombres caían sobre el joven desde lo alto, como arañas de patas velludas y que hubiesen estado esperando en el fondo de la tela. Paul se libraba de uno de los arácnidos. Luego el otro.

Súbitamente, una mujer morena aparecía por detrás de Paul y le estrellaba en la cabeza una estatuilla de bronce. Paul se abatía en el suelo y entonces la mujer se despojaba del cabello negro, que era una peluca, y mostraba su auténtico pelo, que era del color del trigo.

El hombre del ataúd, se echaba a reír y continuaba avanzando hacia ella, alargando sus brazos para atraparla...

Despertó bañada en sudor. Bueno, había sido una pesadilla.

Pidió que le sirviesen el desayuno en la habitación, del que dio cuenta después de tomar un baño. Para ese entonces eran las diez y cuarto. Hasta las doce no llegaría Paul.

¿Qué iba a hacer entretanto?

Lo decidió enseguida. Una extraña fuerza interior le impulsaba hacia la rué Minuit.

Se hizo conducir en un taxi, que despidió mucho antes de llegar

al número 23. El cielo era azul y, bajo el luminoso sol, a Laurie le pareció increíble que estuviese viviendo aquella sórdida aventura.

Observó las casas que había a un lado y otro de la calle. Eran muy parecidas a la en que había encontrado a Orange Périer, pero allá a la derecha, un poco a sus espaldas, descubrió una que se distinguía bastante de las demás. En realidad no era casa, sino una especie de cabaña construida con restos de cajones, hojalata y otros materiales de desecho. Sin embargo, el jardín estaba bien cuidado. Descubrió hermosos macizos de rosales, de geranios, margaritas, y hasta algunos tulipanes.

En aquel momento se abrió la puerta de la cabaña y vio salir a un hombre de unos cincuenta años. Se cubría con un traje bastante raído.

Laurie se acercó a la verja del jardín.

—Buenos días.

El hombre alzó la cabeza.

—Maravillosos días, señorita.

—¿Puedo ver su jardín?

—Claro que sí.

Laurie se internó por un sendero de arena color amarillo.

—Mi nombre es Roger Fabré.

El mío, Laurie Wilson.

—¿Americana?

—No, inglesa.

—¿Le gustan las flores, señorita Wilson?

—Sí, mucho... Las tuyas son preciosas... Debe sentirse satisfecho.

—Lo estoy, señorita.

—No he visto un jardín mejor cuidado que el suyo en este trozo de calle.

—¿Se mudó por aquí, señorita?

—No. Sólo vine a ver a unos amigos. Quizá usted los conozca. Son los Périer.

—Oh, sí, los conozco... Ella es muy simpática.

—¿A cuál de ellas se refiere?

—Bueno, imagino que estamos hablando de las mismas personas. Los Périer del número veintitrés. Sólo son padre e hija.

Laurie se sintió emocionada al oír aquellas palabras.

—Oh, sí —dijo—. El nombre de ella es Orange.

—Una muchacha muy simpática.

—Desde luego, lo es.

—En eso se diferencia de su padre, un hombre huraño.

—Sólo pude hablar con ella —dijo Laurie mientras atrapaba una rosa.

—Tiene usted en su mano un hermoso ejemplar. La bauticé con el nombre de Marie Eugenie. Pienso presentarla a un concurso.

—Es una rosa muy linda y tiene un aroma delicioso... Pertenezco a una sociedad de escritores.

—Oh, sí. Orange también escribe.

—¿Desde cuándo la conoce?

—Ellos llegaron aquí hace cosa de dos años.

—¿De dónde procedían?

—Lo ignoro. Orange nunca lo dijo.

—¿Y su padre?

—Con él apenas he cambiado un par de palabras... A veces le he visto en el jardín y he tratado de pegar la hebra, pero él enseguida se ha excusado con que tenía que hacer algo y se ha metido en la casa. No le gusta la gente. —¿Qué me dice de sus relaciones con los demás vecinos?

—Oh, por aquí vive poca gente. La mayoría de las casas están deshabitadas... Bueno, pertenecen a personas con dinero que se fueron a vivir a otra parte. No alquilan las casas porque piensan vender los terrenos más tarde. Hace algunos años circuló el rumor de que el Gobierno había elegido esta parte para construir un polígono industrial. Todo el mundo está a la espera. Desde esta cabaña hasta la casa de los Périer no vive nadie. A la otra parte hay un par de familias, pero estoy seguro de que los Périer ni siquiera los conocen.

Laurie acercó su nariz distraídamente a otra rosa.

—¿Cómo es el señor Périer...? Ya sabe, quiero decir físicamente.

—Talla mediana, delgado, casi calvo.

No, el hombre que ella había conocido como Périer no era calvo y tampoco delgado.

—Señor Fabr , ¿no hay otro hombre en la casa?

—¿Otro hombre?

—Es robusto, de cabello negro, y usa lentes de tan alta

graduación que sus ojos parecen enormes.

—No, nunca vi a ese hombre que usted describe.

—¿Y una rubia de ojos verdosos, muy mona?

—Oh, sí, la conocí hace cosa de tres días. Yo pasaba por allí y me llegué a casa de Orange. Quería traerle aquí para enseñarle mi ejemplar Marie Eugenie. Me abrió la puerta Orange. Se puso muy contenta al verme. Empezamos a hablar, pero de pronto apareció la rubia. Orange me la presentó como su prima Beatrice, recién llegada de Bruselas. Agregó que iba a pasar unos días con ellos en la casa.

—¿Y luego?

—Invité a Orange a venir a mi jardín y ella dijo que lo tendría en cuenta y que en la primera oportunidad me haría una visita. Pero ya han pasado tres días y no ha aparecido por aquí.

—¿La ha vuelto a ver?

—No. Y por ello pensaba acercarme hoy, por si alguno de ellos está enfermo.

—Señor Fabré, quiero preguntarle algo muy importante.

—¿Acerca de qué? —Fabré sonrió—. ¿Sabe que me está intrigando? Usted no parece un miembro de una sociedad de escritores, sino un detective.

—Está bien, señor Fabré, no quiero seguir engañándole...

—¿Engañándome?

—En casa de los Périer está ocurriendo algo muy extraño.

—¿A qué se refiere?

—No vi al señor Périer.

—Entonces, el enfermo es él.

—Me temo que no se trata de una enfermedad. Yo conocí como padre de Orange al hombre fornido, con cabello negro y lentes que le describí antes.

—No es posible.

—Quiero que recuerde lo que habló con Orange cuando fue a su casa hace tres días a invitarla para que viese sus rosas.

—Cambiamos un saludo. Poco después apareció Beatrice.

—Por favor, haga un esfuerzo. Trate de recordar todo lo que pasó en aquel momento. Fabré se pellizcó el labio inferior mientras permanecía pensativo.

—Oh, ahora recuerdo.

—¿El qué?

—Después del saludo, Orange dijo: «Señor Fabré, he de decirle algo importante...». Pero no me pudo decir nada porque en aquel momento apareció la rubia, su prima. —Claro, la rubia oyó a Orange que estaba hablando con una persona en la puerta y trató de impedir que Orange le transmitiese un mensaje.

Roger Fabré miró a Laurie con la boca abierta.

—¿Qué piensa, señorita Wilson?

—Los Périer están en manos de una pandilla de delincuentes. Los tienen secuestrados.

—Pero ¿por qué iban a hacer eso con los Périer?

Lo ignoro, señor Fabré.

—En tal caso, será mejor que avise a la policía.

—¿La policía...? Anoche hice una visita a los Périer acompañada por un inspector. No sirvió de nada. La rubia y el hombre de los lentes habían preparado una hermosa comedia.

—¿Y Orange?

—También le dieron a ella un papel en el reparto.

—¿Qué quiere decir?

—Que Orange recitó la parte que previamente le habían asignado.

Laurie contó a Roger Fabré lo que había pasado la noche anterior en la casa de los Périer.

El aficionado a la jardinería se frotó el cogote cuando Laurie hubo terminado.

—Oiga, ¿sabe que todo eso que cuenta está lleno de misterio?

—Se lo he dicho todo para que me ayude.

—¿Ayudarla?

—Usted ha dado la verdadera descripción de Michel Périer. No corresponde con el actual padre de Orange. Quiero que me acompañe a la policía. Usted sólo tiene que repetir lo que me ha dicho a mí. Con eso será bastante para demostrar que yo tenía razón.

—¿No tiene ningún otro testigo?

—No, señor Fabré, pero basta con usted.

—Me temo que no le bastaría.

—¿Es que no quiere declarar lo que sabe acerca de los Périer?

—Oh, sí, claro que quiero, pero me temo que la policía me de el

mismo crédito que a usted.

—¿Por qué dice eso?

Fabré sacudió la cabeza.

—Verá, señorita, estoy fichado por la policía.

—Oh...

—Llevé una vida un poco aventurera... He cumplido tres condenas... Salí de la cárcel la última vez hace ocho años y he prometido no volver... Pero lo peor para el asunto de los Périer es que estoy considerado como un embustero. —Fabré sacudió la cabeza de arriba abajo—. Sí, señorita Wilson. Durante los veinte años que tuve que ver con la policía fabriqué muchas historias... ¿Y sabe cuál es mi apodo...? Soy Roger Fabré *la Fontaine*, ya sabe, el fabulista.

Laurie se mordió el labio inferior.

—Se me ocurre una idea, señor Fabré.

—¿Cuál?

—Ya le he hablado de mis amigos. Bueno, en realidad sólo existe un amigo, Paul Rochester. Lo convenceré para que traiga aquí al inspector Marot. Vendremos en cuanto podamos y usted le repetirá al inspector Marot lo que sabe de los Périer. Estoy segura de que bastará. Pondremos al inspector en el disparadero. Tendrá que hacer otra comprobación y esta vez será definitiva.

—Lo que usted decida está bien decidido, señorita Wilson pero no esté muy segura de que ese inspector me va a escuchar.

Claro que le escuchará.

—¿Ha pensado en la posibilidad de que él crea que me ha pagado?

—Qué tontería.

—Usted sabe que le he dicho la verdad, pero recuerde que ese inspector tiene un cerebro de policía.

La joven sonrió.

—Ya verá cómo lo arreglamos, señor Fabré. Usted es mi testigo. Gracias a usted, demostraré que no estoy loca.

Laurie había recuperado su optimismo. No tenía dudas de que ahora estaba en el buen camino. Tenía que darse mucha prisa para salvar a Orange y a su padre de las garras de aquellos aventureros.

—Señor Fabré, no se mueva de su casa...

—No se preocupe, no pensaba marcharme. Trabajaré un par de

horas en el jardín.

Luego me acostaré un rato antes de hacer mi comida.

—Regresaré en el más breve plazo posible. Hasta luego, señor Fabré.

—Es usted tan simpática como Orange Périer y me alegraré mucho de que convenza a la policía.

Laurie hizo un saludo con la mano y se apartó de él saliendo del jardín.

Echó a andar por la amplia acera de la avenida.

Ahora se arrepintió de haber despedido al taxi. Necesitaba llegar cuanto antes al hotel.

Para cuando el coche hubiese hecho la carrera serían las doce, la hora en que había quedado citada con Paul.

Siguió andando hacia la esquina. Al llegar allí vio a lo lejos un taxi. Le hizo señales, pero luego, se dio cuenta de que estaba ocupado. No había visto al pasajero por el reflejo del sol sobre el cristal de la portezuela.

—¿Necesita un auto? —dijo una voz a su espalda.

Al girar vio a un hombre de nariz aguileña que portaba un diario en la mano. Vestía elegantemente.

—Sí, señor, pero mi camino es el centro de la ciudad.

—Justo el mío —el hombre señaló el automóvil estacionado unos metros más arriba.

—Es usted muy amable, señor...

—Robert Derlin.

—Laurie Wilson.

—Celebro conocerla, señorita Wilson.

Derlin se dirigió al coche y le abrió la portezuela trasera para que entrase. Ella le dirigió una sonrisa y ocupó el asiento posterior del vehículo, que era de marca americana.

Derlin se sentó ante el volante.

—¿Adónde va, señorita Wilson?

—Hotel Montreal, pero, por favor, si no le pilla de camino, puede dejarme en las inmediaciones. Tomaré un taxi.

—Oh, no, de ninguna forma. Es un placer, señorita Wilson.

Laurie se mostró encantada por la educación de aquel hombre.

Derlin puso el coche en marcha y éste se deslizó suavemente, sin brusquedades.

Es usted inglesa, ¿verdad?

—Sí.

—La he conocido por su acento. —Dicen que mi francés es bueno.

—Lo es, señorita Wilson, pero he vivido muchos años en Inglaterra. Por eso me resulta fácil distinguir la diferencia... Ah, señorita Wilson, veo ahí un amigo. Con su permiso lo voy a recoger.

—Desde luego, señor Derlin.

El auto se detuvo junto al bordillo. Abrióse la portezuela opuesta en que se encontraba Laurie y un hombre entró, dejándose caer en el asiento.

—¿Cómo está, señorita Wilson? —dijo.

Laurie vio la cara del hombre y sintió una sacudida en la espina dorsal al ver unos ojos monstruosos tras unos lentes de alta graduación.

—Parece muy sorprendida, señorita Wilson. Se quedó sin habla... Está bien, Marcel, llévanos adonde tenemos que ir.

CAPÍTULO VII

Laurie pudo decir al fin:

—Pare inmediatamente este coche.

El falso padre de Orange le dirigió una sonrisa.

—Es usted mi invitada, señorita Wilson.

—Yo no acepto ninguna invitación de usted.

—Vamos, señorita Wilson, sea un poco más juiciosa.

—Si no salgo de aquí antes de diez segundos, me pondré a gritar.

—Quisiera saber si es usted una chica valiente o una irresponsable. De todas formas, le recordaré su situación. Es una prisionera nuestra. Puedo hacerle daño si se pone a gritar, aunque debo advertirle que sus gritos no serán advertidos en el exterior... ¿No se ha dado cuenta de que las ventanillas están cerradas?

—Son ustedes unos canallas. Se ha hecho pasar por el padre de Orange, por Michel Pérrier, pero yo sé que usted no es Michel.

—¿Cómo lo sabe, señorita Wilson?

—Lo supe desde el primer momento.

—Pero lo ha querido comprobar hablando con ese vagabundo, Roger Fabré.

—Me llamaron la atención sus flores...

—¿Cree que las demás personas son tan ingenuas como usted, señorita Wilson? Estoy seguro de que habló con Fabré acerca de Orange Pérrier, de su padre y de su nueva familia.

Laurie se dijo que debía recuperar la calma. Eso era muy importante. A nada conducía estar con los nervios desquiciados. Se encontraba en una peligrosa situación, y si existía alguna probabilidad de salir de ella, debía aprovecharla.

—Está bien. Quiero hablar con usted en serio.

—Vaya, eso es una novedad, señorita Wilson.

—¿Cómo debo llamarle?

—Puede utilizar un nombre cualquiera.

—Preferiría el suyo verdadero.

—Tengo, muchos. ¿Qué le parece Claude?

—Está bien, Claude. Ya estoy enterada de todo lo de ustedes...

—¿Todo?

—Usted no es el padre de Orange.

—Bravo.

—Ni Beatrice su hermana.

—Enhorabuena.

—Han secuestrado al padre de Orange y, naturalmente, también la tienen a ella en su poder.

—Señorita Wilson, es usted un Sherlock Holmes con faldas. Todo se deslizaba bien para nosotros, pero tuvo que llegar una inglesa de Londres para que nuestro robusto edificio se tambalease.

Usted no comprende mi intención, Claude.

—¿De veras? ¿Y cuál es su intención?

—Dinero.

—Explíquese, señorita Wilson.

—Cuando me di cuenta de que ustedes habían organizado una confabulación eh torno a los Périer, sólo quise demostrarles que yo podía hacerles daño.

—Ya lo ha demostrado.

—Pero el objetivo que yo perseguía era muy distinto al que usted supone.

—¿Qué es lo que yo supongo, señorita Wilson?

Ella sonrió como lo había visto hacer a las mujeres en el cine, especialmente a las que trabajan con Eddie Constantine.

—Ha creído, sin lugar a dudas, que los iba a denunciar a la policía.

—Señorita Wilson, me deja usted de una pieza...

—Sepa de una vez una cosa, Claude. Los «polis» me dan náuseas.

—¿Sí?

—Cuando leo en un diario que se han cargado a uno, entro en un restaurante, me doy el gran banquete y repito el postre.

—Pues no está nada gorda.

—Matan a muy pocos «polis».

—Oh, sí, en eso tiene razón.

—¿No tendrán por ahí una botella de *whisky*...? Me gustaría atizarme un trago. No paso una buena mañana hasta no echarle al estómago su ración...

Laurie vio que Marcel le alargaba una botella desde el asiento delantero.

—Ahí tiene, hermana, alíviese.

Atrapó la botella y desenroscó el tapón.

Bebió un largo trago, pero el *whisky* que ella estaba acostumbrada a beber no era tan fuerte como el que ahora pasaba por su garganta abrasándola.

—¿Se encuentra mejor, señorita Wilson? —dijo Claude.

—Desde luego. ¿No bebe usted?

—No, gracias. Soy abstemio.

Laurie apoyó la botella en el muslo y dijo:

—Como le iba diciendo, sólo quería sacarles el dinero.

—Sin embargo, se alió con un inspector de policía.

—Oh, no fue cosa mía. Yo no conocía a ese inspector... ¿No se dio cuenta de ello? Fue el otro hombre que me acompañaba, el rubio. Era amigo del inspector Marot y se empeñó en que debíamos ir a la casa para hacer la comprobación.

—Así que quiere dinero...

—Sí.

—¿Cuánto?

—Hablemos en dólares.

—Hablemos.

—Al principio había pensado en cinco mil.

—Una cifra muy prudente.

—Pero luego me he dado cuenta de que el asunto de ustedes es de gran envergadura. —Quizá.

Y he subido a diez mil.

Es una gran negociante, señorita Wilson. —Con los diez mil dólares dejaré zanjado el asunto—. Y ya no volverá a molestarnos.

—No, desde luego.

—Déjeme que lo piense.

—Tómese el rato que quiera.

Laurie se dio cuenta de que el automóvil se alejaba cada vez más de París.

Marcel hizo girar el volante. Los neumáticos del coche crujieron sobre un camino de grava flanqueado por enhiestos cipreses.

Apenas recorrieron un kilómetro, se encontraron delante de una casa. Parecía una granja, a juzgar por las gallinas que picoteaban por los alrededores.

Marcel detuvo el coche junto a un pozo.

El sol pegaba fuerte.

—Vamos a la casa —dijo Claude—. Allí estaremos frescos.

Marcel empujó una puerta e invitó con la mano a Laurie a que precediese. La joven entró en una habitación amplia, en donde había una mesa, varias sillas y un piano. Ante éste vio sentado un hombre en mangas de camisa. Su cabello era rojizo. Dejaba correr los dedos por las teclas interpretando un *blue*. Poseía cara alargada y nariz aguileña.

El concertista dobló la cabeza y, al ver a Laurie, entornó los ojos midiéndola de pies a cabeza. Pero, mientras hacía el examen de la joven, no interrumpió el *blue*.

—Usted debe ser Laurie Wilson —dijo.

—Ignoraba que fuese tan famosa.

—Lo es, nena, aunque debo reconocer que me sorprende.

—¿En qué sentido?

—En el tipo. Me habían dicho que usted no estaba nada mal, pero no esperaba esto.

—¿Qué es «esto»?

—Está muy bien de medidas... —Bajó y subió la mirada otra vez—. Sí, dulzura... Está colosal.

—Gracias, señor...

—Puede llamarme Vardis.

—¿También es uno de los muchos nombres que usted utiliza?

—No sea curiosona...

Vardis interpretó las últimas notas del *blue*.

—Bien, muchachos, habladme de ella.

Hizo girar el taburete en que estaba sentado y, de esa forma, se enfrentó a los tres recién llegados.

—La chica es tonta —dijo Claude.

—¿Sí?

—Ahora salió con que quería chantajearnos. Yo me limité a escucharla para que no nos estropease el viaje.

Laurie apretó los puños y pegó una patada en el suelo.

Es verdad. Quiero sólo dinero.

Vardis le dirigió una sonrisa.

—No te diferencias en nada de las restantes mujeres. Todas queréis lo mismo: plata.

Claude se echó a reír.

—No la creerás, ¿eh, Vardis? Recuerda la escena que nos hizo representar en casa de los Pérrier.

—Sí, lo recuerdo perfectamente, Claude.

—Ella tiene mala memoria —siguió riendo Claude—. Nunca debió hacerse pasar por una chantajista, teniendo en cuenta la forma en que nos acusó cuando se llegó allí con el inspector de policía y el rubio del restaurante.

—No hacía falta que me lo dijese, Claude —repuso Vardis—. ¿Dónde está Beatrice?

—Con Orange. La hija de Pérrier se porta bien, aunque no tiene más remedio que obedecer. Pero ¿no crees que sería mejor que abandonasen la rué Minuit?

—Ha habido un retraso. *Monsieur* Cerebro dio su respuesta. Ajusté el trato con él, pero no pondremos en práctica el plan hasta medianoche.

—Quedamos en que sería esta tarde.

—He dicho que ha habido un retraso, Claude. Se trata del dinero. No lo tendrán hasta poco antes de las doce.

—Comprendo, pero pienso lo mismo con respecto a Orange y Beatrice. Deben venir aquí.

—Eh, Claude, ¿quién llevó las riendas de esto?

—Tú.

—Entonces, si no te importa, continuaré siendo yo el que decida. ¿Algo en contra, Marcel?

—No, desde luego.

—¿Y tú, Claude?

El hombre de los lentes de alta graduación carraspeó.

—Las cosas estarían bien si la inglesa no hubiese intervenido.

—Muy bien, la inglesa intervino —repuso Vardis—, pero todo quedó arreglado.

—Hay un inspector de policía por medio.

—Tú mismo me dijiste que ese inspector había quedado

convencido de que la señorita Wilson estaba mal de la cabeza.

—Sí, pero se le podría ocurrir pensar otra vez en el asunto y hacer alguna variación.

—No me dijiste eso anoche.

—Se me ocurrió después.

—Eh, Claude, creo que te estás volviendo flojo... Deben ser los años.

Claude se pellizcó el lóbulo de una oreja.

—Sólo me preocupa mi piel. No tengo una de repuesto y quiero conservarla encima el mayor tiempo posible. Sin ningún agujero ni otro desperfecto.

—No te preocupes, Claude. Mientras hagas las cosas como yo te ordene, la conservarás tal como está ahora. Sobre tu carne y tus huesos.

—Corriente, Vardis.

El hombre a quien le gustaba interpretar los *blues* miró otra vez a Laurie, que había estado escuchando atentamente el diálogo entablado entre aquellos dos hombres.

Bien, nena, ahora hemos de ocuparnos de ti.

Ya he dicho que sólo tienen que darme un poco de dinero y cerraré la boca.

Deja eso, ¿quieres...? Soporto una broma mientras resulta divertida, pero luego se me hace pesada —la apuntó con el dedo índice, muy serio—. Yo te diré lo que eres tú, dulzura. Una condenada entrometida. Beatrice fue a recibirte a la estación. Te dijo que Orange estaba con su tía en Marsella...

Debiste conformarte con eso y no dedicarte al detectivismo. Ahora tendrás que conformarte con tu suerte.

La joven levantó la barbilla.

—No se atreverán a ponerme la mano encima.

—No, nena. No hace falta que te pongamos la mano. Todos nosotros sabemos manejar la pistola y, hasta ahora, una bala es el mejor procedimiento que se ha inventado para acabar con los que quieren pasarse de listos. ¿Dónde la sorprendisteis, Claude?

—En la rué Minuit, haciendo de las suyas.

—¿A qué se dedicaba?

—Se puso a charlar con el vagabundo que vive en la choza y a quién le gusta la jardinería. Ese Roger Fabrè.

—Sólo me interesaban sus flores —dijo Laurie.

—No la creas, Vardis —dijo Claude—. Da la casualidad de que ese hombre conoce a los Périer. Simpatizó con Orange.

—Ya entiendo, es el mismo tipo que se llegó allí el otro día, cuando Beatrice y yo estábamos en la casa. Fue a visitar a Orange para que viese un ejemplar de sus rosas.

—Sí, ése es.

Vardis obsequió a Laurie con una sonrisa tan fría como una racha de viento glacial.

—Ahí lo tienes, nena. No te conformaste con lo que pasó anoche. Otra vez volviste a la carga. Eres una de esas mujeres que se vuelven peligrosas cuando se les mete una idea entre ceja y ceja... Supimos que tenías un hermoso billete para salir de París. Debiste tomar tu tren esta mañana y tú y nosotros habríamos quedado a la par.

—Todavía lo puedo arreglar. CANCELÉ el billete, pero puedo adquirir otro para mañana.

—No, nena. Eso ya no puede ser.

—¿Por qué? ¿Acaso hay huelga de ferroviarios?

—Eres muy chistosa, Laurie —rió Vardis—, pero no se trata de nada relacionado con los trenes, sino de una decisión mía. Te pusiste en nuestro camino sin que nadie te llamase.

—Se equivoca, me llamó Orange.

—Hablabas en sentido figurado.

—Y yo en sentido real.

—No voy a discutir contigo acerca de los detalles. Lo importante para mí es que nos pusiste las cosas difíciles.

—Pero ya se arreglaron, gracias a que un inspector de la policía supo sumar dos y dos. —Ahora están más claras las cosas. Anda, Claude, llévatela arriba y enciérrala en una habitación.

Claude dejó oír su voz.

—¿Por qué hemos de encerrarla?

¿Tienes algo que alegar respecto a eso?

Es mejor terminar de una vez con la chica.

¿Corremos algún riesgo si vive unas cuantas horas?

—¿Por qué ha de vivir unas cuantas horas?

—Claude, a veces me resultas un poco tonto.

—Ya entiendo, te ha gustado y antes de matarla...

—Hay cosas que no se deben decir —sonrió Vardis—. Las comprende hasta la mente más obtusa.

—Está bien, Vardis, pero parece olvidar algo que puntualizó *monsieur Cerebro*.

—¿Qué dijo *monsieur Cerebro*?

—Aceptaría nuestra oferta siempre que las cosas se llevasen de tal forma que nadie sospechase absolutamente nada.

—¿Y quién sospecha? Hemos cumplido nuestra palabra, Claude. Todo se ha deslizado bien, a pesar de la intromisión de Laurie Wilson.

—Pero está el tipo de la choza. Ese Roger Fabré.

—Imagino que le habrás puesto un vigilante.

—Sí, desde luego.

—¿Quién está allí?

—Harry. Le di orden de que no dejase salir al tipo de la cabaña y que, en casa de necesidad, se deshiciese de él.

—Había supuesto que haría eso, Claude. Si Roger Fabré permanece en su cabaña, no habrá ninguna, necesidad de liquidarlo. Conocemos su identidad y sus antecedentes en la policía. Harry permanecerá allí hasta última hora. Lo mismo harán Beatrice y Orange.

—Pero supongo, que las chicas tendrán que venir aquí.

—Sí, a las diez saldrán de la casa.

—¿Qué vas a hacer con Orange?

—¿Qué crees tú?

—Hemos de eliminarla lo mismo que a la inglesa.

Vardis rió sacudiendo la cabeza...

—Claude, has adivinado mi pensamiento... Pero sólo eso, ¿lo oyes? ¿Cuándo te vas a dar cuenta de que cuando me meto en un negocio combino las cosas aquí arriba? —Se tocó la frente con el dedo y agregó—: Sí, Claude, soy un tipo que piensa en todo... Si no fuese así, ¿qué sería de vosotros?

Luego Vardis se dirigió a Marcel.

—Llévatela ya y enciérrala en el segundo dormitorio.

—Sí, jefe —asintió Marcel.

Atrapó a Laurie por el brazo.

Ella se desasí de un tirón.

—No me toque. Sé caminar sola.

—¿La oyes, Marcel? —dijo Vardis—. Esa chica tiene bravura.

Laurie dio dos pasos hacia Vardis.

—Le voy a dar un consejo, Vardis. No se acerque por esa habitación.

—¿Por qué, nena? Tengo muchas ganas de volver a verte. A solas los dos...

—No se le ocurra entrar. Será mejor que desista.

No, nena. No puedo desistir. Me has tocado la cuerda... Sí, señor... Me la has tocado.

Le sacaré los ojos.

Me gustará mucho que lo intentes.

Marcel dejó oír su voz.

—Vamos ya, nena. Yo también me impaciento. Me pasé toda la noche por culpa tuya vigilando la casa de los Périet por si te acercabas y quiero descansar un rato.

Laurie siguió a Marcel por una escalera hasta el piso alto.

Marcel abrió una puerta e hizo una señal con la cabeza a la joven.

Ella entró en un dormitorio donde había una cama, una mesilla de noche y un par de sillas.

La puerta se cerró a su espalda y oyó el chasquido de la llave cuando Marcel le dio la vuelta desde el corredor.

Descubrió una ventana, pero estaba protegida por barrotes. Aquella habitación era una auténtica celda.

Se mordió el puño diciéndose que se había comportado como una estúpida. ¿Por qué no esperó a Paul en el hotel? ¿Por qué no fue con él a la rué Minuit...? Pero luego se dijo que Paul no habría podido evitar nada. También a él lo habrían capturado. Tranquilizada a ese respecto, se puso a recordar todo lo que había oído en la habitación de abajo. Vardis parecía ser el jefe de Claude, Marcel y Beatrice, pero había otro personaje importante: *Monsieur Cerebro*.

Todo aquel asunto giraba alrededor de los Périet. Pero no habían hablado del padre de Orange, sino de su amiga, a quien también iban a matar.

Paseó por la habitación reflexionando, haciéndose preguntas, buscando respuestas. Finalmente, se dijo que lo mismo podía pensar en la cama y se tendió en ella.

CAPÍTULO VIII

—¿La señorita Wilson...? Oh, salió hace un par de horas.

—¿Está seguro? —dijo Paul al hombre del registro que le informaba.

—Absolutamente. Yo mismo la vi marchar después que dejó su llave.

—Quizá dejó un recado para Paul Rochester...

—Lo siento, señor, pero a mí no me dijo nada.

—¿Quiere mirar en su casillero?

El empleado emitió un gruñido, pero hizo lo que Paul le pedía.

—Ya se lo dije —respondió tras el examen—. No hay nada.

Paul le dio las gracias y se apartó del registro.

Se dirigía hacia la puerta cuando sus ojos tropezaron con una figura que le era conocida.

—¿Qué tal, señor Duval?

El hombre guapo del bigotito recortado alzó la vista.

Paul comprendió que lo reconocía, pero Duval, tras un parpadeo, dijo:

—¿Nos conocemos?

—Sí, ya nos hemos visto algunas veces. La última ayer... «¿La prefiere o no con vinagreta?».

Duval apretó los dientes.

—Oiga, mozo. Soy un hombre que cuido mucho mis amistades. ¿Quiere seguir la flecha?

Paul chascó la lengua.

—Esa última frase no es muy elegante, amigo. Le perdió.

Se agachó sobre Duval y lo atrapó por el cuello.

—Eh, ¿qué hace, mozo?

—Deja ya eso. Soy mozo en el restaurante y Paul Rochester

fuera.

—Sí, Rochester.

—Señor.

—Sí, señor Rochester; pero, cuidado, me va a ahogar. No apriete tanto.

—¿Dónde está Laurie?

—¿Qué?

—Laurie Wilson, la chica a quien usted quería conquistar.

—No la he visto.

Paul apretó un poco más el cuello de Duval y éste exhaló los últimos restos de aire que contenían sus pulmones.

—Eh, señor Rochester —dijo—. Cuidado, déjeme un poco de oxígeno para poder respirar...

—Se perderá poca cosa si lo mantengo así durante diez minutos.

—Le aseguro que no he visto a la señorita Wilson... Llegué hace media hora y me senté a la espera de una pieza, quise decir de una mujer...

—No me gustaría que me mintiese.

No le miento, señor Rochester. Después del mal rato que usted me hizo pasar en el restaurante, abandoné la idea de seguir «operando» con la señorita Wilson. Lo identifiqué a usted al instante y, tal como usted procedió, imaginé que le diría la verdad con respecto a mí...

Paul empujó a Duval arrojándolo sobre el respaldo del sillón.

—Está bien, Duval. Aceptaré su respuesta. Pero, si me ha mentido, le aseguro que sería mejor que fuese al Polo a conquistar a los esquimales.

Dicho esto, Paul salió del hotel.

Se detuvo en la acera pensativo. Bueno, sólo había un lugar adonde Laurie había podido ir: la rué Minuit.

Tomó un taxi y dio al conductor la dirección.

Se detuvo en el número veintitrés. Tras despedir el coche abrió la puerta del jardín.

Vio cómo se movían los visillos de la ventana de la derecha.

Subió al porche y oprimió el timbre.

Le abrió casi al momento la rubia Beatrice.

—Buenos días.

—¿Qué tal, Beatrice?

—Usted sabe mi nombre, pero anoche ocurrieron tantas cosas que no fuimos presentados.

Paul le dio su nombre y entonces ella preguntó:

—¿Qué le trae por aquí, señor Rochester?

—Pensé que la señorita Wilson se había llegado por aquí.

—¿Qué le hizo suponer eso?

—Anoche, cuando nos marchamos, Laurie se fue calmando poco a poco. Llegó un momento en que se sintió avergonzada de su conducta respecto a ustedes. Me dijo que hoy volvería a esta casa para disculparse de todo corazón.

—Cuánto me alegra oírle decir eso, señor Rochester, pero seguramente Laurie se entretuvo en alguna parte, porque hasta ahora no nos visitó.

—En ese caso, ¿me permite que la espere?

—Oh, sí, desde luego, pase.

Paul entró en la salita de estar.

Orange estaba sentada en un sillón y parecía muy decaída.

—Hola, Orange.

La joven volvió ligeramente la cabeza.

Beatrice apareció enseguida junto a Paul y dijo:

—Querida, te acuerdas del señor Rochester, ¿verdad? Vino anoche con tu amiga Laurie.

—Sí, lo recuerdo.

—El señor Rochester me acaba de decir que Laurie tenía la intención de venir a disculparse por los quebraderos de cabeza que nos ocasionó.

—Será mejor que la llame al hotel para decirle que no venga.

—¿Por qué vas a hacer eso, Orange?

—No quiero volverla a ver.

Paul esbozó una sonrisa.

—Laurie sólo pretende verlas a ustedes hoy para excusarse.

Yo no quiero admitir sus excusas, señor Rochester. Hágame usted ese favor. Llámela usted mismo al hotel. Laurie no debe poner los pies en esta casa.

—Lo siento, Orange, pero Laurie ya no está en el hotel. Salió de allí antes de que yo llegase.

La joven se retorció las manos con desespero.

—No debe volver... —repitió con un hilillo de voz, como si

hablase consigo misma.

—¿Qué le pasa, Orange...? ¿Acaso no se encuentra bien?

Beatrice contestó con rapidez:

—Orange tropezó hace unos días en la escalera y cayó rodando. Se golpeó en la cabeza.

—¿La ha visto el doctor?

—Ella no quiso, porque no le concedió importancia.

—Eso podría resultar peligroso —comentó Paul—. A veces se producen lesiones internas cuyos efectos tardan en aparecer... ¿Le duele, Orange?

—Sí, un poco.

—Se me ocurre una idea, Orange, ¿por qué no viene conmigo...? Mi doctor es muy bueno.

Orange miró a Beatrice y luego a Paul.

—Gracias por su oferta, señor Rochester, pero ya me encuentro mucho mejor.

—Al mismo tiempo, daría un paseo. ¿Sabe que tiene un color de cara que no me gusta? Está pálida... Apuesto a que no toma el sol desde hace muchos días.

Beatrice habló otra vez:

—Apenas ha salido de su habitación desde que sufrió la caída. Pero no tiene que preocuparse por ella, señor Rochester. Mañana mismo yo acompañaré a mi hermana a nuestro doctor.

—Celebro que se preocupe por ella, Beatrice. Me conmueve cada vez que observo una muestra de cariño fraterno... Tengo un hermano, y él y yo, mientras estuvimos juntos, nos pasamos la vida arrojándonos a la cabeza lo primero que encontrábamos a mano.

Beatrice rió.

—Estoy segura de que quiere parecer una mala persona.

—Es una gran psicóloga... A decir verdad, nunca tuve un hermano... Pero tampoco ustedes se parecen. Son, en muchos sentidos, distintas. No tienen ninguna cosa parecida en el físico y, ya que hablamos de psicología, tampoco han salido iguales en carácter.

Beatrice borró la sonrisa de los labios.

—No es nada anormal que las hermanas sean distintas. Por regla general, es así. —Tiene usted razón...— Paul hizo una pausa. —Oiga, tengo sed; ¿podría darme algo refrescante? Hoy hace un día

de mucho calor.

—Sí, desde luego. ¿*Whisky* con cubitos de hielo?

—Magnífico.

Beatrice se dirigió hacia una puerta que comunicaba con la cocina, donde debía estar el frigorífico.

Pero al entrar allí dejó la puerta abierta.

Paul había querido buscar una oportunidad para hablar a solas con Orange.

Aun a riesgo de que Beatrice le oyese desde la cocina, se acercó a Orange y murmuró: ¿Vino Laurie?

—No.

—¿Qué le pasa a usted?

—Por favor no me pregunte... Usted no puede hacer nada por mí.

—Claro que puedo... Vamos, responda aprisa. ¿Es ella su hermana?

—No.

—¿Tampoco es su padre?

—Tampoco.

—¿Dónde está él?

—No lo sé. Hable con Fabr . En esta calle tiene su cabaña. Ret rese, por favor... Ella volver  al momento.

Paul retrocedió al lugar donde se encontraba antes y, una fracción de segundos después, Beatrice salió sonriente de la cocina con dos vasos que contenían *whisky* y cubitos de hielo.

Paul salió a su encuentro y aceptó un vaso.

—Por las dos hermanas Périer —brindó—. Que sigan conservando su belleza y su simpatía.

—Gracias, señor Rochester.

— No brinda usted con nosotros, Orange?

—No bebo desde hace cinco días.

Paul supo traducir aquello. Orange le quería decir que aquella situación duraba ya cinco días.

Tras apurar el contenido de su vaso, Paul dej  éste en la mesa.

—Lo siento mucho, pero no puedo esperar más. Ahora pienso que quizá a Laurie se le hizo demasiado pesado el llegarse aquí para pedir disculpas. En ese caso, estar  esper nola inútilmente. Será mejor que regrese al hotel.

—Como quiera, señor Rochester —dijo Beatrice.

Paul estrechó la mano de Orange.

—No se preocupe por lo suyo, Orange; ya verá como todo se arregla. Volverá a caminar bien y podrá tomar el sol...

—Gracias por sus buenos deseos, señor Rochester —repuso la joven.

Paul le hizo presión en la mano y se encaminó a la puerta, seguido de Beatrice. En el porche se volvió hacia la rubia.

—¿Tendrá algún rato libre, Beatrice?

Ella lo miró con los ojos entornados.

—¿Para qué?

—¿No lo supone?

—Creí que era mi hermanita la que le gustaba.

—Creyó mal.

—Me alegra mucho que me haya concedido la prioridad.

—¿Qué le parece si nos vemos esta tarde, Beatrice?

—Oh, no puedo.

—¿Esta noche?

—Tampoco.

Ya veo que no quiere salir conmigo.

Sé dónde encontrarlo, señor Rochester, en el restaurante Les Abismes.

—Es curioso, yo no dije dónde trabajaba.

La joven se mordió el labio. Luego dijo:

—Bueno, tendré que contarle mi secreto.

—¿Cuál es?

—Una noche estuve cenando allí y lo vi a usted mientras servía a otros clientes.

—De modo que reparó en mí...

—Sí, y cualquier día le doy una sorpresa, Paul.

—La estaré esperando, Beatrice.

Luego él bajó del porche y salió a la avenida, alejándose por la acera.

Pasó por frente a tres casas y se detuvo ante una cabaña construida con materiales de desecho. En el jardín vio rosas, geranios, tulipanes...

Pero allí no había nadie.

Empujó la cancela y salvó los dos peldaños hasta llegar al

porche.

No había timbre en la puerta y llamó con el puño.

Poco después le abrió un hombre de unos cincuenta años, de rostro simpático y ojos avispados.

—¿Fabrè?

—Sí; no me diga que es de la policía.

—No. Soy Paul Rochester, americano, pintor, mozo de restaurante, pero antes fui otras cosas.

—¿Estuvo también en la cárcel?

—No.

—Entonces le saco ventaja.

Paul rió.

—Me envía Orange Périer.

—¿Orange?

—Sí, estuve hablando con ella.

Fabrè entornó los ojos. Miró con precaución a su visitante.

—Oiga, yo no conozco a ninguna Orange Périer.

—Sin embargo, ella me dio su nombre.

—¿Por qué le iba a dar mi nombre?

—Quizá ella se encuentra en una mala situación... Es posible que haya confiado en mí... y en usted...

—No me gustan las trampas, señor Rochester. Soy un hombre que ya no se mete en nada, que quiere vivir en paz los últimos años de su vida.

—Lo comprendo. Usted sabe algo y tiene miedo de que yo pertenezca a la banda. Pero no debe temer nada de mí. Le aseguro que le estoy diciendo la verdad.

Fabrè se frotó el cogote, dubitativo. Por fin miró a Paul y dijo:

—Bueno, mi vista siempre fue buena, y cuando lo vi ahí, me pareció un tipo honrado... Si me equivoco, peor para mí. Ande, pase.

Paul entró en la cabaña y se asombró al ver que todo estaba limpio y aseado. Había una mesa, dos sillones tapizados con cretonas, algunas sillas...

Bien, Fabrè, dígame lo que sepa.

Soy Roger para los amigos. ¿Tomará algo?

—Acabo de beber un *whisky* en casa de los Périer. Me lo ofreció la hermana de Orange, Beatrice.

—Sí, ya sé, a Orange le ha salido de pronto una hermana.

—¿Cómo lo supo?

—La verdad, yo sólo tenía sospecha de que algo extraño ocurría en casa de los Périer, hasta que hace unas horas se presentó aquí una joven. Fue ella quien destapó la olla.

—Laurie Wilson.

—Sí, ése es el nombre.

—Ande, cuéntemelo todo.

Fabré invirtió algunos minutos en relatar lo que sabía con respecto a los Périer y a Beatrice.

—Así que Laurie le dijo que regresaba al hotel, para esperarme allí —comentó Paul—. Sí.

—No llegó al hotel.

—¿Qué dice?

—Yo estuve en el hotel a la hora en que habíamos quedado citados. Usted asegura que ella salió de aquí a las once y media. Yo abandoné el hotel no menos de veinte minutos después de las doce. Ella tuvo tiempo suficiente para llegar a su destino.

—Ya entiendo, supone que la han atrapado.

—Seguro, Roger, y eso sólo quiere decir que estaban vigilando esta casa.

—Infiernos, a mí no me molestaron para nada.

—De lo cual no podemos sacar otra conclusión. Que ellos le siguen vigilando y que me han visto entrar aquí.

—Demonios, esa gente debe ser peligrosa. Apuesto a que no se detienen ante un asesinato más o menos... Tendremos que avisar a la policía.

—No, Roger, eso no es posible.

—¿Por qué no?

—¿No lo recuerda...? Tienen a Laurie, y a los Périer.

—Tal como están las cosas, podríamos salvar a Orange, pero estoy seguro de que Michel Périer y Laurie no se encuentran en la casa. Los han llevado a otra parte. Ésa es la cuestión. Si esos tipos fuesen sorprendidos por la policía, no dudarían en matarlos.

—¿Qué se le ocurre entonces, Paul?

El joven permaneció pensativo unos instantes.

—Sólo puedo hacer una cosa: actuar por mí mismo.

—¿Usted solo?

—Sí.

—Está loco. No podrá con esa gente.

—La verdad es que se trata de un trabajo un poco distinto a lo que yo hago, pero no tengo dónde elegir.

—¿Tiene pistola?

—No la necesito para ninguno de mis trabajos.

—Bueno, yo tengo una, aunque dudo mucho que pueda disparar una bala. Hace ya mucho tiempo que no le echo una ojeada. La escondí en el sótano.

De acuerdo, Roger. Tráigala.

Roger salió de la habitación.

Paul se acercó a la ventana y asomó la cabeza con precaución.

Descubrió al hombre. Estaba detrás de un árbol.

Miró por otros lados, pero ya no encontró a ningún vigilante.

Roger entró de nuevo en la estancia. Traía una pistola en la mano, que estaba frotando con un paño.

—Menos mal que se me ocurrió ponerle un poco de grasa.

—Un tipo de la calle vigila la casa.

—¿Sólo uno?

—No vi más.

Roger terminó de limpiar la pistola y la pasó a Paul. Éste examinó el cargador. Estaba vacío.

—¿No tiene por ahí alguna munición?

Fabré dio un suspiro.

—Lo siento, pero no me queda una sola bala.

—Muy hermoso.

—Será mejor que deje aquí la pistola. Si esos tipos lo ven con ella en la mano, sacarán las suyas y será mucho peor, porque apretarán el gatillo sin pestañear.

Pero Paul se guardó la pistola en el bolsillo de su chaqueta.

—¿Qué va a hacer, Rochester?

—Salir a la calle. Quiero ver la cara de ese tipo. Quédese aquí y no se mueva.

—Suponga que hay fuera más de un fulano. Casi siempre trabajan por parejas.

—Trataré de arreglármelas como pueda.

Se detuvo ante la puerta, inspiró profundamente y abrió, saliendo de la casa con la mayor naturalidad.

Una vez fuera del jardín, se miró el zapato derecho y se agachó como si hubiese descubierto que tenía el cordón suelto.

Había elegido la posición adecuada. Vio por el rabillo del ojo que el hombre salía de detrás del árbol y trazaba un semicírculo para llegar a él por la espalda.

Continuó atándose el zapato.

No oía los pasos del tipo porque éste se debía estar acercando sigilosamente.

Se volvió con la pistola en la diestra cuando el otro se encontraba a dos pasos y exhibía en su mano una cachiporra.

—¿Qué es eso, muchacho?

El individuo era de cabello rubio, cara ancha y nariz achatada. Por unos instantes pareció haberse convertido en un bloque de piedra, pero luego bajó la mano con la que sostenía la cachiporra y sonrió.

—Eh, cuidado, no tire. No tengo armas de fuego.

—¿Qué ibas a hacer, chico?

—¿Yo? Nada.

—Me ibas a romper el cráneo... ¿O me vas a jurar que estabas atrapando moscas?

—No sé de qué me habla. Paseaba por aquí tranquilamente. Le tomé por un ladrón. —¿Sí?

Esta zona está demasiado aislada y hay tipos que le están esperando a uno para desvalijarlo.

—Y me ibas a pegar antes, por lo que pudiese pasar.

—Ya le he dicho que me confundí.

Paul se enderezó acercándose a su prisionero.

—¿Cuál es tu nombre?

—Oiga, no se busque líos. Guarde esa pistola, déjeme marchar y usted y yo seguiremos disfrutando de una vida feliz.

—No, muchacho. Te pregunté tu nombre.

Paul levantó el brazo y el cañón golpeó contra el mentón de su interlocutor, que retrocedió soltando un aullido.

—Harry...

—Muy bien, Harry. Para que no te canses haciendo el payaso, te diré que lo sé todo.

—No le comprendo.

—Secuestrasteis a Michel Périer. También tenéis en vuestras

manos a su hija Orange y hace poco cazasteis a la inglesita Laurie Wilson.

—Oiga, eso que dice es para mí un jeroglífico.

—No te preocupes, entonces. Yo te ayudaré a resolverlo.

Paul le volvió a golpear, ahora en los nudillos, porque Harry puso la mano para evitar que lo alcanzase en la cara.

—Quiero que hagas algo por mí, Harry, si no quieres que te meta una bala en el estómago. Me vas a llevar a la casa donde están Michel Périet y Laurie Wilson...

CAPÍTULO IX

Laurie oyó que se abría la puerta y saltó del lecho al tiempo que Vardis se introducía en la habitación.

El pelirrojo cerró tras de sí y se apoyó en la puerta. A sus labios afloró una sonrisa mientras miraba atentamente a la joven.

—¿Descansaste ya?

—Váyase al infierno.

—Pensé que habrías reflexionado en tu situación y que habrías decidido ser un poco más amable.

—Ni lo piense.

Vardis echó a andar hacia ella.

—Es mejor que se quede ahí —exclamó la joven—. Nena, tú y yo no podemos estar tan lejos. —Váyase al Polo Norte y yo elegiré el del Sur, Vardis se echó a reír.

—Me siguen gustando tus chistes.

La joven sabía que aquel hombre era fuerte. Ella conocía unas cuantas llaves de judo, pero tenía la impresión de que no servían con Vardis.

De todas formas, lucharía con uñas y dientes.

—Vardis —dijo de pronto, al ocurrírsele una idea—. Ahora que lo pienso mejor, quizá exista una posibilidad de que sea más amable contigo.

—¿De veras? ¿Cuál es?

—Que me lo cuentes todo.

—Te refieres a la historia de les Périer.

—Sí.

—Te resultaría muy aburrida.

—Deja que sea yo quien opine cuando hayas terminado el relato.

—No, nena, Laurie. No voy a perder el tiempo... Me queda algún trabajo por delante y he de tenerlo resuelto en unas cuantas horas.

Siguió avanzando sobre la joven, la cual retrocedía al mismo tiempo.

—¿Por qué huyes de mí, Laurie...? Soy simpático a las mujeres... Son ellas quienes lo dicen.

—No me metas a mí en el grupo.

Vardis la había acorralado ya junto a la pared.

Laurie estaba entre la cama y la mesita de noche, en una especie de rincón.

—¿Dónde está el señor Périer, Vardis?

—Aquí en esta casa. Y ya basta de preguntas.

Se lanzó sobre Laurie y ella le dirigió las zarpas a la cara, pero Vardis la rechazó hábilmente golpeándola en los antebrazos, y atrapó a la joven por la cintura.

Laurie levantó bruscamente la pierna tratando de incrustarle la rodilla en el bajo vientre de Vardis. El pelirrojo también había previsto aquel movimiento y la burló abrazándola contra sí.

Querida... Deja ya de hacer la fierecilla... Confiesa que te atraigo.

Ella hizo rechinar los dientes llena de furia.

—Eres el tipo más miserable que he conocido.

Vardis lanzó una carcajada.

—Eso ya está mejor. Anda, dame un beso.

Ella le escupió a la cara.

Vardis rió otra vez.

—Muy bien. Lo tomaré yo.

Ella echó la cabeza atrás para impedir que la besara. Los dos forcejearon. Pero él fue ganando terreno poco a poco.

Laurie había llegado al límite de sus fuerzas. Estaba vencida.

Vardis lo sabía y sus ojos brillaban con más intensidad.

De pronto sonó la campanilla del teléfono que había sobre la mesilla de noche. Vardis se quedó quieto un instante. Por último dejó a Laurie libre, la cual retrocedió sudorosa, jadeante, golpeando las espaldas contra el muro.

Vardis alargó la mano y atrapó el auricular.

—¿Sí? —rugió, molesto por la interrupción.

—Soy yo, Beatrice, Vardis.

—¿Qué infiernos te pasa?

—Se trata de Harry. Lo atraparon.

—¿De qué estás hablando? ¿Harry cazado...? No lo puedo creer. El inspector quedó convencido de vuestra inocencia.

—No se trata del inspector, sino del hombre que lo acompañaba. Es el mozo del restaurante, Paul Rochester.

—¿El solo?

—Lo vi desde el jardín. Paul entró en la cabaña de Roger Fabré para hablar con él.

—¿Cómo pudo dar con Fabré?

—Hice confesar a Orange. Estuvo aquí primero alegando que venía en busca de Laurie. Los dejé solos unos segundos y Orange los aprovechó para decirle que fuese a hablar con Fabré.

—Eres una estúpida.

—Vardis, yo cumplo, tú lo sabes.

—Pero has cometido un fallo que puede dar origen a una catástrofe.

—No soy la única en cometer fallos.

—Cuéntame lo de Harry.

—Paul Rochester salió de la cabaña de Roger y utilizó la treta de atarse un zapato. Harry picó el anzuelo. Fue detrás de él para pegarle con la cachiporra, pero entonces Rochester se volvió con una pistola. Puedes imaginarte el resto... Hablaron durante un buen rato. Rochester golpeó un par de veces a Harry y finalmente se fueron en el auto de Harry que estaba estacionado un poco más arriba... ¿Te das cuenta, Vardis? Hemos de escapar inmediatamente. No podemos esperar un minuto más. —Silencio.

—¿Es que no te das cuenta del peligro?

—Calla, quiero pensar.

—Ya no hay más que pensar, Vardis...

De súbito, Vardis se echó a reír.

—No, nena, no tenemos que temer nada.

—Ya te he contado...

—Sí, te he oído perfectamente, no hace falta que lo repitas, pero Paul Rochester no irá a la policía.

—¿Por qué no?

—Porque él sabe que tenemos a Laurie Wilson y al padre de

Orange, además de a Orange. Está actuando solo y seguirá haciendo lo mismo.

—Eso tiene bastante sentido.

—Sí nena, lo tiene y te puedo contar el resto de la historia. Paul Rochester vendrá aquí con Harry. Dentro de un rato lo recibiremos. Naturalmente, él tratará de sorprendernos.

No te preocupes. El mozo del restaurante recibirá también su premio.

—Vardis, no sabes el susto que he pasado, pero ahora ya estoy tranquila.

—Está bien, Beatrice. No hace falta que tú y Orange esperéis más, pero quiero hacerte un encargo especial. Antes de ponerte en camino llégate a casa del viejo Fabr  y tr etelo contigo. Ser  fácil.

—S , Vardis.

—Es preferible que establezcas en esta casa nuestro cuartel general puesto que ya faltan pocas horas para que ventilemos el negocio.

—Orange y yo no tardaremos mucho rato en llegar. Hasta luego.

Vardis se despidió también de Beatrice y dej  el auricular en la horquilla.

Volvióse sonriente hacia Laurie.

— Lo has escuchado?

—S , y también lo entendí. Paul Rochester se apoderó de uno de los hombres que vigilaban la casa de Roger y se dirige hacia aquí.

—Exactamente. Vaya, resulta que no soy tu único admirador —arrug  el ceño—.  Sabes lo que se me está ocurriendo? Que un hombre no se juega la vida por una mujer, a menos que est  enamorado de ella.

—Paul Rochester y yo apenas nos conocemos. Nos hemos visto muy pocas veces. —Para dos tipos románticos basta un minuto. La frase no es mía. La le  en algún sitio hace mucho tiempo...

—Es la mayor tontería que podía salir por tu boca.

—No, nena. Creo que he dado en el clavo. Soy un tipo muy celoso... Me disgusta mucho que ese Paul Rochester haya puesto los ojos en ti.

—Le repito que se equivoca.

Vardis rió nuevamente.

—Y tengo la impresión de que t  también sientes algo por él.

Ella alzó la barbilla.

—Estoy prometida.

—¿A quién?

—Al decimoctavo duque de Comemberg.

—¿Por qué no al príncipe de Gales?

—¿No lo crees?

—Está bien, nena, tú mereces por tu belleza un rey, pero ya quedan muy pocos. —Se llama Johnny Keenan. Puedes comprobarlo consultando la lista de la realeza británica.

—Recuérdalo en otro momento, nena. Ahora tengo que ocuparme en dar la bienvenida a tu Romeo. —Vardis hizo un pequeño silencio y luego agregó—: Pero continuaremos nuestra lucha a dúo cuando el muchacho se encuentre metido en la jaula.

Vardis salió de la habitación y Laurie se dejó caer desconsolada en el borde del lecho.

Por un momento, cuando oyó hablar a Vardis, pensó en que Paul Rochester pudiese triunfar donde ella había fracasado, pero ahora comprendía que había sido una locura imaginar tal posibilidad.

Paul también sería una víctima de aquella pandilla de desalmados.

* * *

—¿Es ahí donde están? —preguntó Paul mirando la casa a cuyo alrededor picoteaban las gallinas.

—Sí, ésa es —contestó Harry, cuyo ojo derecho estaba negro.

Paul había tenido que castigarlo unas cuantas veces para que lo llevase hasta allí.

Harry había conducido el vehículo estacionado cerca de la cabaña de Fabré.

Lo abandonaron a unos metros de la granja y luego echaron a andar por un lado del camino.

Paul ya no llevaba una pistola sin municiones en la mano, utilizaba la que pertenecía a Harry.

Paul examinó durante un rato la casa. No vio a nadie. Todo parecía tranquilo.

—Está bien, muchacho, adelante, pero ten cuidado con avisar a tus compañeros o te dejo sin cabeza.

Harry emitió un gruñido de asentimiento y reanudó el camino.

Paul miraba por todas partes, esperando que de pronto sonase un estampido. Pero llegaron ante la puerta de la casa y, al parecer, nadie los había descubierto.

—Harry, abre —dijo a su prisionero.

La puerta no estaba cerrada con llave, de modo que obedeció al impulso de Harry.

Paul estaba apoyando el cañón de la pistola en la espalda de Harry. Aumentó la presión para hacerlo entrar y él lo hizo a continuación.

El amplio vestíbulo estaba desierto. A la derecha había un hueco defendido por cortinas cuyo color se había desvaído a lo largo del tiempo.

Paul vio un piano, una mesa, varias sillas. Sobre la mesa había una mosca. Era el único ser viviente que se encontraba en la habitación.

—¿Dónde están tus amigos? Deberían estar aquí... Creo que te la has ganado, Harry.

Harry contestó con voz temblorosa.

—Le aseguro que éste es el escondite... Se lo juro... En aquel momento, Paul oyó un ruido a su espalda.

Se volvió como una centella. Un hombre de casi dos metros de talla estaba delante de él, a punto de descargarle una tubería de plomo que enarbolaba sobre su cabeza.

Se dispuso a disparar, pero en ese momento Harry le pegó un patadón en el codo.

Paul se dejó caer en el suelo al perder la pistola.

La tubería lo alcanzó en el hombro.

Atrapó por el tobillo al grandullón y tiró de él con todas sus fuerzas.

El gigantón perdió la vertical y se derrumbó en el suelo haciendo estremecer la casa.

Harry se arrojó sobre la pistola que había ido a parar debajo de la mesa.

El gigantón fue muy lento en incorporarse y Paul se puso a gatas y le lanzó el puño derecho a la boca.

Paul sintió cómo los dientes de su enemigo cedían bajo la presión de sus nudillos.

Se lanzó sobre Harry cuando éste iba a aferrar la culata de la pistola.

Le pegó con el filo de la mano en el cuello.

Harry se puso cárdeno, los ojos desorbitados porque se estaba ahogando. Pero no soltó el arma y Paul le pegó otra vez en la muñeca haciéndole crujir el hueso.

Paul volvió a apoderarse del arma y retrocedió para salir bajo la mesa, pero en ese momento oyó una voz.

—Ya hizo su número, señor Rochester. Me acompañan dos hombres y los tres tenemos armas en la mano. Si se vuelve con la pistola, le juro que lo cosemos contra el piso.

Paul se quedó inmóvil, respirando entrecortadamente. La pelea duró apenas un minuto, pero había bastado para que sintiese su cuerpo empapado en sudor.

—Ande, Rochester —dijo el hombre que habló antes—, suelte la pistola. Ha perdido.

Sí, se dijo Paul. Había perdido y lo peor era que no se trataba de su vida solo. Estaba la de Laurie, la de Orange y la de Michel Périer.

Abrió la mano y la pistola golpeó otra vez contra el suelo.

Entonces se puso en pie lentamente. Frente a él, había tres hombres. Habían entrado por una puerta que comunicaba con una habitación adyacente. El tipo del medio tenía el cabello rojizo, los ojos azules y estaba en mangas de camisa. Esgrimía con la diestra una «Luger».

—Tuvo mala suerte, héroe. Me anunciaron su llegada, pero debo admitir que se defendió bien. Tumbó al grandullón Marty antes de que él le cascara en el cráneo.

El llamado Marty estaba sentado en el suelo y emitía gruñidos como los de un cerdo, las manos en la boca por la que arrojaba chorros de sangre. —Al parecer te duele mucho, ¿eh, Marty?— dijo Vardis.

—Sí, patrón —asintió Marty con voz extrañamente hueca.

—Ahora te va a doler más —repuso el pelirrojo y le pegó un patadón en la cara.

Marty se derrumbó soltando aullidos como un lobo hambriento.

Harry se recuperaba debajo de la mesa.

El pelirrojo lo fulminó con la mirada.

—Y tú, estúpido, ¿cómo te dejaste sorprender por un mozo de

restaurante?

—Le podría haber pasado a cualquiera —repuso Harry levantándose.

—No, Harry. A mí no me habría pasado. Os he dicho muchas veces que para cierta clase de negocios hay que andar listos.

—Vigilé bien la cabaña de Fabr .

—S , tu trabajo lo llevaste a cabo tan primorosamente que el rubio te gan  por la mano.

—Vardis le soltó una bofetada.

Harry salió disparado hacia atrás, pero tuvo suerte al encontrar en su camino un sillón y cayó en blando.

—Vardis, siempre he cumplido.

Vardis sacudió la cabeza.

—Nos dedicamos a un negocio en el que no puedo consentir el menor fallo. Sabéis que un falso movimiento puede significar la muerte para todos nosotros.  Cu ndo vais a entenderlo de una vez por todas?

Sus palabras fueron acogidas por un silencio que fue interrumpido por los lloriqueos del gigantón llamado Marty.

—Cállate de una vez, Marty —orden  Vardis.

Marty se apartó las manos de la boca dejando ya de rezongar.

Por  ltimo Vardis clav  su mirada en el rostro de Paul.

—Te has ganado un par de agujeros por tus méritos, muchacho —levantó la pistola para disparar.

—Espera un momento, Vardis —dijo Paul.

— Qu  pasa?

—Quiero hacer un trato contigo.  Por qué has de mancharte las manos de sangre...? Sólo te interesa Michel Périer.

— Qu  sabes t  de eso?

—Tengo un cerebro y he llegado a esa conclusión despu  de estudiar el caso. Deja vivir a las muchachas. Te prometo que ellas y yo guardaremos silencio.

— Ellas? Solamente te interesa una.

—Las dos.

— Las coleccionas a pares, Rochester...? Te llegaste aquí para salvar a Laurie, la muchacha que te tocó el lado blando del corazón.

—Dejemos eso, Vardis. No tiene objeto discutir cosas que carecen de importancia.

Creo que mi oferta es razonable. Debes aceptarla.

Vardis se echó a reír.

—Eres muy malo como hombre de negocios. Debiste comprender que tú solo ocupabas el lugar que te correspondía en la vida. Mozo de restaurante.

—Es difícil que cada uno ocupe en la vida el lugar que realmente le corresponde.

—Si alguna vez nos encontramos en el infierno, escucharé muy gustoso tu teoría. Pero ahora no me interesa, y eso contesta también a tu oferta. Acabaré contigo y luego haré lo mismo con las muchachas.

—Has dicho que soy malo como hombre de negocios, pero tú no eres más bueno que yo. Te vas a convertir en un asesino... Vas a matar estúpidamente a tres personas, a dos muchachas y a mí.

—Es necesario, ¿lo oyes? En la clase de asunto que estoy metido, no puedo dejar detrás de mí tipos que estén al corriente de cómo desarrollo mi actividad.

—Entonces, es mi muerte.

—Sí, muchacho. Ya te lo dije. Tú vas a preceder a las chicas. Dentro de un rato llegará Beatrice acompañando a Orange. En cuanto a Laurie, tengo una cita con ella arriba. Ya nos encontramos hace un rato, pero tu dinamismo nos impidió llegar a un acuerdo.

Paul apretó las quijadas porque, al oír aquello, se imaginó a qué clase de acuerdo se refería el pelirrojo.

—Te duele, ¿eh, Rochester...? Pero será por poco tiempo. Aquí tienes lo que ganaste. Vardis arqueó el dedo en el gatillo.

CAPÍTULO X

En aquel momento sonó la campanilla del teléfono.

—Marcel —dijo Vardis—. Ocúpate de recibir esa llamada.

Marcel, que estaba a su derecha, atrapó el auricular.

—¿Sí? —Quedó unos minutos a la escucha y luego cubrió el micro con la mano y se dirigió hacia Vardis—. Es *monsieur* Cerebro. Quiere hablar contigo, Vardis. Es urgente.

Vardis tomó el auricular de manos de Marcel.

—Vardis al habla —anunció—. ¿Qué le pasa...? Quedamos en que sería a medianoche... Eso supone un par de horas de adelanto y no me gusta cambiar mis planes... Si de los dos uno tiene que esperar, debe ser usted... Está bien, amigo. Si están las cosas así, haremos el negocio cuando usted quiera. Pero deseo hacerle una recomendación. Traiga el dinero. Yo cobro siempre al contado... Lo estaremos esperando.

Ya sabe dónde encontrarnos.

Luego colgó.

—Amigos —sonrió a su auditorio—, los acontecimientos se han precipitado, pero resultará bueno para nosotros. Vamos a cobrar antes de lo que habíamos supuesto.

Marty se olvidó de los desperfectos de su cara.

—Eso está bien, jefe.

Pero Marcel había arrugado el ceño.

—No creo que sea un buen negocio para nosotros.

—¿Por qué dices eso?

—¿Desde cuándo no ves al viejo, Vardis?

—No soy su niñera. Estuve con él hace un par de horas.

—Yo le vi hace un instante.

—¿Y qué?

—Está muy decaído. Apenas puede hablar.

—Es una comedia que está representando.

—Apenas ha probado bocado en los días que lleva con nosotros. Podría ocurrir que esos tipos no estuvieran conformes con la mercancía.

Vardis apretó los dientes.

—El viejo tiene que estar en perfectas condiciones dentro de una hora.

Marty ya había atrapado la tubería de plomo.

—Déjelo de mi cuenta, jefe. Yo lo pondré en mejores condiciones. Cuando haya pasado por mis manos, le juro que tendrá ganas hasta de cantar la última canción de moda.

—Eres un bruto, Marty —repuso Vardis—. No podemos hacer eso con él ahora. Hemos de entregar la mercancía en buen estado. ¿No sabes que ésa es una de las condiciones principales en nuestro negocio?

—Sólo se me ocurre una cosa, Vardis —dijo Marcel.

—¿Sí?

—Hemos de atrapar un doctor y traerlo aquí.

—Eso es demasiado arriesgado.

—No hay otra solución.

Vardis sacudió la cabeza dubitativo.

—¿Le has echado el ojo a alguno?

—Sí. A cuatro kilómetros de aquí vive un doctor retirado. Tuve un pinchazo el otro día en el auto y justamente él me echó una mano. Se mostró muy simpático y me dio su dirección. Le dije que era nuevo en la comarca.

Paul Rochester intervino en aquel momento.

—No hace falta que corran un riesgo inútil, Vardis. Yo puedo atender al señor Périer.

Vardis entornó los ojos.

—¿Tú, Paul...? —Se echó a reír—. Eso sí que tiene gracia... Eres un mozo de restaurante y hasta me han dicho que te dedicas a embadurnar telas con pinturitas. Ni una cosa ni otra tienen que ver nada con la medicina.

—Estuve a punto de ser médico.

—No me digas que lo pensaste ser cuando tenías siete años y que tu papá te lo quitó de la cabeza.

—No, Vardis. Estudié dos cursos de medicina en mi país. Un año más y me habría graduado, pero preferí la pintura.

—Es una treta tuya para alargar la vida. Sabes que, en cuanto demos por terminada esta conversación, mi pistola te enviará un plomo. Ya lo iba a escupir cuando llegó la llamada de *monsieur* Cerebro.

—Insisto en que yo puedo atender a ese hombre por mis conocimientos médicos.

—¿De veras? Eso lo vamos a comprobar enseguida.

—Llévame a presencia del señor Périer.

—No me refería a eso. La prueba la podemos hacer aquí mismo.

—¿En qué va a consistir?

—Tenía un hermano que murió hace ocho meses de una pleuritis purulenta. Quería mucho a Philippe, siempre fui un padre más que un hermano para él —la voz de Vardis era ahora ronca—. Eché mano a los mejores doctores para que le salvaran la vida, pero no hubo nada que hacer. Ésta va a ser la prueba, Rochester. Me vas a decir cómo se pudo producir mi hermano esa pleuritis purulenta. Estoy bien informado, ¿sabes? Me aprendí de memoria cuanto decían los médicos.

Paul elevó los ojos al techo pensativo.

Vardis rió, aunque fue una risa forzada.

—Te voy a conceder sólo un minuto... ¿Lo oyes? Y si vas a soltar una fábula, es mejor que te calles. Te repito que estoy bien informado. Ah, y no se te ocurra decir que se te olvidó... Tú has dado lugar a esto.

—La pleuritis puede ser una consecuencia de un proceso morbosos pulmonar.

—No está mal, pero eso lo has podido leer en cualquier parte. Cítame unos cuantos ejemplos de procesos morbosos pulmonares.

—Puede ser una neumonía, una gangrena pulmonar, tuberculosis, infarto pulmonar...

Se hizo un silencio tras las últimas palabras de Paul.

—Corriente, muchacho —dijo Vardis—. El haber aprendido esos cursos de medicina te vale una prórroga para seguir viviendo un rato más.

—Gracias, Vardis.

—No me las des. Morirás de todas formas.

—Ya lo sé, pero la vida es tan maravillosa que vale la pena seguir respirando unos minutos, sea por la razón que sea...

—Muchachos —dijo Vardis—. Llévadlo con nuestro huésped.

Marcel y el otro hombre que manejaba la pistola atraparon por el brazo a Paul y salieron de la estancia. Subieron por la escalera y caminaron por un corredor.

Dejaron atrás dos puertas y por último se detuvieron ante la tercera.

Marcel sacó una llave del bolsillo y la hizo funcionar en el ojo de la cerradura.

—Anda, entra, Paul.

—Eh, muchachos, tengo necesidad de algún instrumental para examinar a Périer. —Claro que sí— le sonrió Marcel. —Necesitas un bisturí muy grande... para clavarlo en la barriga de uno de nosotros.

—No estaba bromeando.

—Yo tampoco. Los doctores tienen ojos y manos para examinar a un enfermo. Te dejaremos a solas con él para que tome confianza y te cuente sus secretos... ¿Ve usted, doctor? —sonrió con burla—. Nosotros somos unas personas muy discretas, ¿eh, Christian?

—Seguro, Marcel —respondió el otro fulano.

Paul hizo girar el tirador de la puerta y se introdujo en la habitación.

Oyó cómo Marcel cerraba otra vez con llave desde el corredor. La habitación estaba sumergida en la penumbra.

Vio una cama, una mesilla de noche y un par de sillas.

Sobre la cama había tendido un hombre de unos cincuenta y cinco años, delgado, casi calvo. Respiraba fatigosamente. Sus ojos estaban cerrados y tenía las manos sobre el estómago.

Paul se acercó a él y le tomó el pulso.

Entonces el yacente abrió los párpados.

Al ver a Paul dio un tirón desasiendo su mano.

—Les dije que me dejasen en paz.

—¿Cómo está, señor Périer?

—¿Qué le importa a usted eso?

—Señor Périer, no pertenezco a la pandilla.

—¿Qué nueva idea se le ha ocurrido a Vardis...?

—Estoy en las mismas condiciones que usted. Soy un prisionero

de Vardis.

—Ya entiendo, Vardis lo ha contratado para que me sonsaque. Se quiere hacer, pasar también por una víctima como yo.

—Señor Périer, hace tan sólo un día yo no tenía la menor idea de que mi vida valía menos que un franco antiguo...

A continuación, Paul hizo un rápido relato de cuanto le había sucedido desde que conoció a Laurie.

Périer lo escuchó atentamente y, cuando Paul hubo terminado, dijo tras un carraspeo:

—Si Vardis ha inventado eso para que usted se gane mi confianza, confieso que es un genio.

—Puede estar tranquilo. Le aseguro que cuanto le he dicho es cierto. Tienen a Laurie en esta misma casa y su hija no tardará en llegar. ¿Quién es usted realmente? ¿Por qué lo secuestraron? Estoy seguro de que Michel Périer es el nombre que usted se ha buscado para vivir lejos del mundo.

—Sí, Rochester, ha acertado usted. Mi verdadero nombre no es Michel Périer. Soy el doctor Jacques Rousset.

Paul dio un respingo al oír aquel nombre.

—El doctor Rousset...

—¿Ha oído hablar de mí?

—Claro que sí, doctor Rousset. Usted es el primer atómico de Francia, uno de los tres o cuatro mejores cabios del mundo en su especialidad... Pero yo creí que...

—Que había muerto en el naufragio de mi yate.

—Todos los periódicos se ocuparon de eso.

—Fue una pura comedia.

—Pero yo vi los restos del yate que se habían encontrado en un arrecife del océano Índico.

—Tuve que hacerlo así para que me diesen por muerto. Tres de mis más íntimos colaboradores y mi hija me ayudaron a montar aquel tinglado.

—¿Por qué lo hizo?

—No quise contribuir a la destrucción del mundo. Siempre pensé que mis descubrimientos sirviesen para que la vida de los hombres en la tierra fuese más próspera, más feliz... Trabajé incansablemente, pensando en que valdría la pena el sacrificio porque, en un futuro muy próximo, los hombres vivirían mejor.

Pero pronto me di cuenta de que todo lo que yo lograba en el laboratorio era únicamente encaminado a la destrucción... No, yo no podía consentirlo. Hablé... Escribí... Fui de un lado a otro, pero no pude conseguir nada. Así un mes y otro, un año y otro año, hasta que no pude soportarlo más. Aproveché unas vacaciones para acabar de una vez con aquello. Mi hija y yo estuvimos refugiados durante cinco años en una aldea de Madagascar, pero aquel clima me sentaba muy mal y también añoraba mi país... Decidí volver a Francia con Jeanne. El mundo me había olvidado, ya no se hablaba de mí, salvo en las revistas especializadas. Al principio tuve un poco de miedo pero luego me dije que era injustificado. Yo había cambiado mucho físicamente. Había perdido diez kilos en esos años, me había quedado casi calvo, el sol africano había dado un nuevo color a mi piel. Por añadidura, me afeité el espeso bigote que siempre me ha caracterizado y, antes de regresar a Europa, me hice operar en un hospital de El Cabo una verruga que tenía bajo la oreja derecha. No tenía por qué inquietarme.

Rousset hizo una larga pausa y agregó:

—Todo ha ido bien durante dos años. Hasta que la semana pasada se presentaron esos hombres en mi casa.

—¿Cómo dieron con usted?

—Uno de mis colaboradores me hizo traición. Me lo confesó Vardis. El traidor es Richard Durry. Cobró mil dólares por darle cuenta a Vardis de mi escondite. El propio Durry me había ayudado a elegir el lugar donde iba a residir, esa casa de la rué Minuit.

—¿Sabe ya lo que van a hacer con usted?

—No. No me lo han dicho.

—Lo van a vender a un tipo al que llaman *monsieur* Cerebro. ¿Sabe quién es?

—No, pero ¿qué importa eso...? *Monsieur* Cerebro debe ser uno de esos aventureros, siempre dispuestos a ofrecer al mejor postor un secreto militar, un sabio atómico o un químico excepcional, no importa lo que sea. Lo único que le interesa a esa gente es una mercancía, cuanto más valiosa mejor, para optar a una bolsa de dinero.

—Sí, señor Rousset. Es justo lo que van a hacer con usted.

—No me importa lo que vayan a hacer conmigo. Al menos, sé que mi hija se salvará.

—¿Se salvará? ¿Quién se lo ha dicho?

—Vardis.

—Doctor Rousset, me gustaría seguir engañándole, pero me temo que, en las actuales circunstancias, si yo hiciese eso, lo traicionaría como Durry.

Los ojos del doctor denotaron asombro.

—¿Quiere decir que también la van a matar a ella?

—Sí, doctor.

—¡No pueden hacer eso!

—Yo mismo oí a Vardis sentenciar a su hija.

—Ese canalla prometió que la dejaría viva.

—Sólo hizo la promesa para que usted no ofreciese resistencia y se comportase como un buen prisionero, pero hace un rato oí decir a Vardis que no dejaría ningún testigo tras de sí que pueda identificarlo.

—Debí figurármelo, pero siempre estoy dispuesto a conceder un margen de crédito a los hombres, aun a los miserables.

—Doctor, hemos de actuar por nuestra cuenta.

—¿Tiene algún plan?

—Sólo uno. Liarme a puñetazos con los tipos que entren en esta habitación cuando llame para decir que mi consulta ha terminado.

—Yo le ayudaré.

Se dispuso a saltar de la cama, pero Paul lo detuvo.

—No, doctor Rousset. Usted no puede hacer nada.

—¿Por qué no?

—Su vida no pelagra pero su salud está muy quebrantada. No tumbaría a un hombre ni aunque él se dejase pegar.

Rousset cerró los puños y apretó los dientes.

—Sacaré las fuerzas de donde sea. Seré un buen colaborador de usted, Paul. Lucharé a su lado, aunque usted no lo quiera.

—Espere un momento, doctor. Quizá tengamos una salida.

—¿A cuál se refiere?

—A usted.

—¿A mí...? No le comprendo.

—Está demasiado excitado, doctor. En primer lugar, debe serenarse.

—Muy bien, ya estoy sereno. Hable.

—Usted es el famoso doctor Jacques Rousset, un físico nuclear.

Hemos de valernos de sus conocimientos para escapar de aquí.

—Dicen que soy un sabio, pero todavía no he descubierto la forma de atravesar los muros y tampoco me irá a pedir que le fabrique una bomba atómica.

—No, pero usted, como físico atómico, debe haber manipulado con muchas cosas. Se me ha ocurrido que nos traigan un explosivo.

—¿Cómo?

—Hemos de realizar una comedia. Usted está muy mal. Yo recetaré la medicina que necesita. Pero la fórmula me la dictará usted.

—Ya entiendo. Quiere que uno de los propios hombres de Vardis traiga algo que resulte una bomba de mano.

—Lo ha comprendido perfectamente, doctor. ¿Hay posibilidad?

Rousset movió la cabeza con aire preocupado.

—Soy un hombre pacífico y sólo he querido trabajar para la paz.

—Ahora debe salvar su vida y la de su hija... Si quiere, puede incluir también en el lote la de Laurie y mi propia piel.

—Sí, Paul. Me hago cargo.

—Haga funcionar su cerebro aprisa. Los hombres de ahí fuera ya estarán inquietos.

Jacques se apretó las sienes con la mano y permaneció un par de minutos pensativo.

Finalmente, se apartó la mano de la cara.

—Ya lo tengo. Me dejaron papel y lápiz para que me entretuviese.

Alargó a Paul el papel y el lápiz que sacó del bolsillo y, a continuación, dictó una fórmula en que intervenían cinco ingredientes.

—Lo podrán conseguir en la farmacia con facilidad —explicó—. Se trata de un explosivo que inventó un colega mío. No sirvió para nada porque era menos potente que la mayoría de los que existen. Pero en la presente ocasión es lo único que se me ocurre para que ellos puedan creer que se trata realmente de una medicina—. Bravo, doctor, quizá sirva.

CAPÍTULO XI

Vardis estaba interpretando un *blue* al piano.

—Nena —dijo—. Estás muy poco cariñosa.

Beatrice llegó por detrás de él y, pasándole los brazos por el cuello, lo besó en una oreja.

La rubia había llegado quince minutos antes con la hija del sabio atómico que había sido dado por muerto algunos años antes y con Roger Fabré. Ambos habían sido encerrados con Laurie.

Marcel tuvo que salir de la casa con la aprobación de Vardis para comprar aquella medicina. Según había asegurado Paul, bastaría para que Rousset se recuperase física y moralmente.

—Querido... —dijo Beatrice—. No he dejado de pensar en ti.

Eso era falso. En quien pensaba Beatrice minuto a minuto era en Marcel. Había sido la amante de Vardis durante diez meses, pero jamás estuvo enamorada de él. Le había gustado Vardis por su fuerte voluntad pero era un bruto para todo, incluso para el amor.

Marcel era otra clase de hombre, justo con el que ella había soñado desde que cumplió los catorce años. Ya habían hecho sus planes. Marcel cobraría veinticinco mil dólares por aquel negocio y ella cinco mil. Con los treinta mil dólares se marcharían a Australia. Allí comprarían una hacienda y se dedicarían a la cría del ganado lanar. Era un hermoso futuro pero todo lo llevarían en secreto. Vardis no debía saber nada porque sería capaz de matarlos.

—¿Por qué no me besas en la boca, Beatrice?

—Hoy me puse un *rouge* que deja.

—¿De veras...? Hasta ahora no te preocupó.

—Querido, ¿qué estás pensando? —dijo ella y lo besó en la boca, como él quería.

La joven sintió un escalofrío por la espalda al ver los ojos de

Vardis abiertos, mirándola como si tratase de penetrar en lo más profundo de su mente.

—¿Qué te pasa, Beatrice?

—¿A mí...? Nada...

—Ése fue un beso de a centavo.

—No querrás que nos hagamos el amor delante de tus hombres —replicó ella con ironía.

Vardis continuó interpretando el *blue*, pero al cabo de un par de minutos dijo:

—¿Qué has pensado que hagamos, Beatrice?

—Lo dejo a tu elección.

—Muy bien. Mañana mismo tomaremos el avión para Nápoles.

—¿Por qué Nápoles?

—¿Qué tienes en contra?

—Oh, nada.

—Alquilé allí una residencia. Está frente a la isla de Capri. El agente me mostró unas cuantas docenas de fotografías. Es un verdadero paraíso.

—Sí, Vardis, pero se me ocurre una idea.

—¿Cuál?

—Creo que sería preferible que te marchases antes, quiero decir con un par de horas de antelación... Yo tomaría el avión siguiente.

—¿Cuál es el motivo?

—No sé si te lo he dicho alguna vez. Estoy fichada por la policía italiana. Actué allí con cierto individuo. Yo cazaba a los primos y él los desplumaba. Si me ven en tu compañía pensarán que voy a montar el mismo número, quiero decir que les resultará fácil identificarme. Pero, si voy sola, con la documentación que conseguí hace un par de semanas, estoy segura de que los burlaré.

—Nena, tienes un gran talento.

—Me preocupo por ti y por mí, querido... Quiero que nuestra felicidad no sea turbada por ninguna nube —se agachó sobre él para besarlo.

Vardis se revolvió en el asiento. Su mano derecha salió disparada hacia la mejilla de la joven. Le pegó con tal fuerza que Beatrice cayó de espaldas en el suelo.

—Bastardo, ¿qué has hecho?

—Abofetearte, pero eso ha sido sólo el comienzo —contestó

Vardis poniéndose en pie.

En la habitación se encontraba Claude, el hombre de los lentes de alta graduación. Estaba sentado en un sillón, con los pies sobre la mesa, y no se inmutó al ver aquella escena. Continuó mondando tranquilamente una manzana. Era la cuarta que despachaba del frutero que tenía delante.

Otro tipo estaba en la puerta, el grandullón Marty, quien abría la boca sorprendido ante la reacción de Vardis. En su encía superior había dos dientes menos.

—¿Es que te has vuelto loco, Vardis? —exclamó la joven mientras se ponía en pie.

Vardis le miró con ojos cargados de odio.

—Todavía no ha nacido la mujer que me la pegue a mí.

—No te comprendo.

—Comprenderás cuando te marque como una res, con un hierro al rojo vivo... Me has engañado con Marcel.

—No, Vardis.

—Lo sé todo. Claude me lo ha contado.

Beatrice miró al hombre que en la comedia representada en la casa de los Rousset desempeñó el papel de su padre.

—Maldito seas, Claude, ¿qué es lo que has dicho?

—La verdad, sólo la verdad.

—¡Puerco!

Claude pegó un mordisco a la manzana que acababa de pelar.

Vardis dio un paso hacia Beatrice y ésta no se movió porque el terror se había apoderado de ella. Miraba a Vardis como un ave hipnotizada por una serpiente de cascabel.

—¿Qué vas a hacer, Vardis?

—Ya te lo he dicho. Marcarte.

—Entre Marcel y yo no: ha ocurrido nada.

Vardis le soltó otra bofetada y cuando la joven iba a caer por la izquierda, le pegó con la zurda.

Beatrice golpeó contra la pared y se derrumbó de nuevo.

En aquel momento se oyó el ruido del motor de un coche.

Todos quedaron expectantes y Vardis hizo chasquear los dedos.

Fue la señal para que Claude bajase los pies de la mesa y se acercase a la ventana. —Fuera está Harry— dijo—. Y tiene la metralleta en la mano. El coche que se acerca es el de *monsieur*

Cerebro. Ha hecho la señal con los faros.

El automóvil se detuvo ante la casa.

Se oyó el golpeteo de las portezuelas.

Poco después, Harry entró en la estancia.

Tras de él irrumpió un hombre alto, de grueso abdomen, cabeza poderosa, ojos pequeños, de un color verdoso, y mentón prominente. Vestía con pulcritud y elegancia.

Exhibía un brillante en su corbata y otro en un anillo de la mano derecha.

Vardis salió a su encuentro.

—¿Cómo está, señor Bertland?

—Perfectamente.

Tras el llamado Bertland, entraron dos hombres que llevaban trajes oscuros y sombreros de fieltro. Uno de ellos llevaba un maletín de cuero negro.

—¿Trajo el dinero, Bertland? —preguntó Vardis.

—Sí, medio millón.

—Cuéntalo, Claude.

El hombre de los ojos monstruosos tomó el maletín y, después de ponerlo sobre la mesa, lo abrió. Empezó a extraer fajos de billetes bien ordenados.

Oyóse el motor de otro coche.

Fue Marty ahora quien se acercó a la ventana.

—Es Marcel —anunció.

Vardis ya había aleccionado a Marcel antes de que éste se marchase por la medicina. Debía entrar por la puerta trasera, subir a la habitación de Rousset y entregar el brebaje a Paul Rochester.

Bertland, alias *monsieur* Cerebro, sacó un pañuelo que se pasó por las palmas de las manos para enjugar la transpiración. Claude terminó de contar los fajos de billetes.

—Sí, Vardis —sonrió—. La cuenta está bien. Hay medio millón, ni un dólar menos, pero tampoco se equivocaron de más.

—Siempre cumplo mis compromisos. Espero que usted también haya cumplido el suyo, Vardis.

—Es el tercer negocio que hacemos juntos, Bertland, y hasta ahora no le di motivo para que tuviese queja.

—Eso es cierto, pero nunca hicimos una operación de esta envergadura.

—Yo tampoco —repuso Vardis sonriendo.

Estaba alargando la conversación para dar oportunidad a que Marcel entregase la medicina a Rochester.

—Bueno —dijo Bertland—. Traiga a Rousset.

—¿Qué va a hacer con él?

—¿Es cuenta suya, Vardis?

—Pura curiosidad.

—Tenemos un avión preparado. Lo sacaremos del país esta misma noche.

—¿A quién lo va a vender?

—Eso no le interesa, Vardis.

—Está bien, señor Bertland. Enseguida le entregaré a Rousset, pero antes beberá un trago de *whisky*.

—No quiero beber. Sólo deseo marcharme de aquí cuanto antes. No puedo demorarme un solo segundo.

—De acuerdo, señor Bertland —se dirigió a sus hombres—. Claude, Marty, ya sabéis lo que tenéis que hacer. Traed a Rousset.

Los aludidos salieron de la estancia.

Bertland tosió suavemente.

—¿Qué ha hecho con la hija del doctor?

—Como si no existiese.

—¿La mató ya?

—Todavía no.

—Está aquí, ¿eh?

—Sí.

—Debe tener en cuenta que su cuerpo no debe ser encontrado, al objeto de que no establezcan ninguna relación con el doctor Rousset. Si se supiese que ahora es cuando ella ha muerto, en ciertas esferas se supondría lo que pasó realmente en aquel naufragio del yate del doctor.

—No se preocupe, señor Bertland. Todo irá como una seda. Le dije antes que nunca le fallé. Tampoco lo haré ahora.

En aquel momento se produjo una explosión.

Los cristales de las ventanas saltaron en añicos. Las paredes y el suelo temblaron. —¿Qué ha sido eso?— gritó Beatrice, que antes de entrar Bertland se había sentado en un sillón.

Bertland gritó:

—¡Es una trampa, muchachos!

Los dos hombres que habían venido acompañando a *monsieur* Cerebro sacaron la pistola.

Vardis era un hombre rápido de reflejos y lo demostró ahora.

Saltó al tiempo que desenfundaba la pistola que guardaba bajo la axila. Había buscado la protección de Beatrice porque los dos hombres que vestían de oscuro le habían sacado una ligera ventaja. Las pistolas se pusieron a ladrar.

Beatrice lanzó un grito y continuó sentada en el sillón. Pero ya estaba muerta porque había recibido una bala en el centro del pecho.

Vardis hizo funcionar su «Luger».

Los dos fulanos que trabajaban por cuenta de *monsieur* Cerebro se pusieron a danzar. Bertland también exhibió un arma, una pistolita que resultaba ridícula teniendo en cuenta sus manazas.

—Estúpido —gritó Vardis haciendo fuego otras dos veces.

Una de las balas tropezó con la cabeza de Bertland. La reventó. Salpicó mucho porque era *monsieur* Cerebro.

Vardis lo vio derrumbarse y apretó los dientes rabioso.

—No te fiaste de mí a pesar de todo, Bertland.

Cometió un error al bajar el cañón de la «Luger» porque Paul Rochester entró en la estancia con una pistola en la mano.

Vardis levantó la suya pero lo hizo demasiado tarde.

Paul lo alcanzó con tres balas. Dos veces en el pecho, una en el estómago.

Vardis lanzó un extraño ronquido y se vino abajo estrellando las narices contra el suelo, pero él no se dio cuenta de que se rompió el hueso.

* * *

Laurie estaba tendida en el lecho, en la habitación de su hotel.

No podía dormir a pesar de que llevaba un día y medio sin pegar ojo.

Sonó la campanilla del teléfono y, sin abrir los párpados, tanteando con la mano, Laurie atrapó el auricular.

—¿Sí?

Oyó una voz ininteligible al otro lado y entonces se dio cuenta de que sostenía el aparato del revés.

—Soy Tony, querida...

—Hola, decimoctavo...

—Nena, ¿cómo estás? Acabo de leer tu aventura en los diarios... Has pasado una amarga experiencia, pero no te preocupes, ya tengo el billete para el avión. Estaré contigo dentro de un rato.

—Cancela ese billete, Tony.

—¿Qué dices?

—No hay necesidad de que esperes mi regreso a las islas para darte mi respuesta, Tony... No me voy a casar contigo.

—Querida mía, estás bajo la impresión de esa terrible aventura... Imagino... Te querrás meter en un convento.

—Nada de eso, Tony. Me voy a casar.

—¿Qué?

—Con el americano.

—Laurie, tú no puedes hacer eso... ¿Todavía no te enteraste? Los yanquis forman un pueblo decadente.

—Sí, Tony, lo sé, pero siempre me ha gustado echar una mano al que lo necesita... Tú lo comprendes, ¿verdad...? Quizá con mi ayuda, Paul logre levantarse...

—Querida niña, ese hombre te ha impresionado... Se te declaró mientras estabas prisionera. Lo has visto rodeado por una aureola de héroe.

—Oh, no, Tony. No ha ocurrido todo eso porque el yanqui no se me ha declarado todavía.

—¿Qué dices?

—Yo me voy a declarar a él. Al fin y al cabo, les dimos nuestras leyes, les enseñamos lo que era la democracia... Son nuestros hijos espirituales, Tony... Debemos de seguir protegiéndolos.

—Pero ¿qué va a ser de mí, Laurie...? ¿Crees que yo no necesito también protección?

—Tú eres inglés, Tony —dijo Laurie y colgó.

No había abierto los ojos en todo el rato y de pronto oyó una voz.

—Bueno, nena, ya puedes empezar.

Dio un gritito porque había pensado que se encontraba a solas en la habitación.

Pero se había equivocado. Allí estaba Paul Rochester.

—Paul... Lo..., ¿lo has oído?

—Sí.

Paul caminó hacia Laurie y se sentó junto a ella.

—Paul, he de quitarte esa costumbre de escuchar las conversaciones que no te importan.

—Sólo vine aquí para invitarte.

—¿A invitarme?

—Sí. Maurice quiere que cenemos en su restaurante.

—Bueno, dependerá del menú.

—El primer plato es langosta con o sin vinagreta.

—Muy bien. Ya hemos cenado. ¿Y después, Paul?

Paul la tomó por los brazos y la atrajo suavemente hacia sí mientras decía:

—Luego vendrá el postre, pero eso es una sorpresa.

Ninguno de los dos pudo agregar nada más porque sus bocas se unieron en un beso.

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).